



13 de Horrores

FLORES DE UN MUNDO MUERTO

- ALDEBARÁN DE CANIS -

Título: Flores de un mundo muerto.

Autor: Aldebarán de Canis.

Editorial: B de Horrores.

Primera Edición.

Guerrero, México.

Año 2021.

© 2021, ALDEBARÁN DE CANIS.

© 2021, B DE HORRORES EDITORIAL.

Antología de cuentos.

Ilustración de portada: Odilon Redon.

Edición: B de Horrores.

Maquetación: B de Horrores.

Revisión: B de Horrores.

Editado, maquetado y revisado por B de Horrores.

B de Horrores





Flores de un mundo muerto por [Aldebarán de Canis](#) se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 4.0 Internacional](#).

Basada en una obra en <https://www.wattpad.com/story/266627120-flores-de-un-mundo-muerto>.

Permisos más allá del alcance de esta licencia pueden estar disponibles en <https://aldebarandecanis.contactin.bio/>.

Aldebarán de Canis

<https://aldebarandecanis.contactin.bio/>



Índice

Flores, gusanos y voz de inocencia	22
Un secreto entre velas y flores.....	33
Abandonado retoño.....	38
Desventurado capullo	41
Un zumbido en la habitación	43
La noche de los mil gatos.....	46
La noche de las mil polillas	49
Un saco lleno de arañas	53
Los pálidos pies de la doncella.....	56
El chico de los ojos saltones	61
Perdiendo la cabeza.....	65
Flores de un mundo muerto	68
El sinsentido de los huesos	71
Libro viejo y aburrido	74
Viscosidad interna	76
El último sol	78
El mundo palpita	80
Muerte entre placer y dolor	89
La maldición de los buitres	101
Levántate gran señor	120
El gran funeral	133
Conspiración gatuna	143
El hombre abierto.....	151
Sobre el autor	168



Flores de un mundo muerto

- Aldebarán de Canis -



Desplaza lentamente estas páginas,
y escucha con atención lo que te voy a decir.



Los relatos que estás por leer, tienen vida propia.

No, no estoy siendo romántico.

Es verdad.

Estos relatos están vivos.

Son como las arañas que se mueven en tu techo.

Son como las larvas que se enroscan en los desperdicios de tu basura.

Son como el ciempiés que reptar en el interior del colchón de tu cama.

Son como el bicho hambriento que duerme en el interior de tu almohada.

Estos relatos están terriblemente vivos.

Estos relatos tienen hambre,

y esperan devorar algo de ti.



Deja decirte una cosa más.



¿Estás desplazando estas páginas lentamente, como te he dicho?

¿Estás leyendo atentamente, como te he dicho?

Espero que sea así.

En serio, espero que sea así.

Porque aún quiero decirte algo.



Estos cuentos están malditos.



Sé que es así, porque me han quitado algo de mi esencia humana al escribirlos,
al darles la grotesca forma que tienen, al darles esa esencia tan malévol.

¿Sabes lo que hice al momento de escribirlos?

¿No?

Te voy a contar.



Estaba yo redactando un texto que me causaba severa frustración.

Me observaba mal, porque no estaba quedando como quería. Llevaba noches sin dormir, redactando ese condenado relato. Tenía aspecto cansado, con los ojos negros he hinchados, y el pelo en una maraña graciosa; yacía sentado en mi cubil, encorvado y tecleando en mi viejo computador. Había amanecido en la oficina, y todos vieron que yo seguía trabajando sin descanso. Parecía un autómatas dedicado a su propia locura abyecta.

En eso, se me acerca un individuo igual de extraño que yo, y me dice:

- Yo tengo lo que necesitas para que tu trabajo tenga vida.

Así, sin más. Yo no lo conocía. De hecho, nunca había visto a ese sujeto; ni yo, ni los ahí presentes. Me le quedé viendo con cara de “¿Estás de broma?”, en medio de una expresión, que estoy seguro, se veía como una de esas tiras cómicas de humor negro que tanto me gusta leer. Porque todo fue tan repentino, y tan extraño; y creo que hasta incómodo en cierto grado.

Él estaba demasiado cerca de mí. Vestía un traje al estilo de la vida que llevan los ancianos de los años 80s según muchas películas que he visto. Un traje café, conformado de unos pantalones un tanto anchos y doblados del tobillo, un chaleco sencillo tejido con hilo algodón, una camiseta blanca por debajo del chaleco, y unos zapatos de un café más oscuro, con pequeñas agujetas, y



demasiado lustrosos. Ha, sí, también llevaba una boina, creo que de un café aún más claro que el demás conjunto.

El sujeto sacó algo del bolsillo derecho de sus pantalones.

Era una figura. Una figurilla en verdad espeluznante. Tallada en piedra, y de un color carmesí muy vivaz. Hasta la fecha, no estoy seguro de lo que represente esta maldita piedra, pero es muy parecido a la silueta con la que se suele representar al diablo, con sus dos grandes cuernos, su cola en punta, y rojo como la sangre. No tiene rostro.

- Toma esta pieza - dijo, entregándome la grotesca imagen - Tienes que colocarlo en algún sitio ideal que sirva de altar, que se encuentre cerca de donde usualmente trabajas, dentro de tu casa. Una vez hecho esto, coloca junto a él dos velas negras, y siempre mantenlo rodeado de flores. Las flores tienen que estar vivas, de ninguna forma le coloques flores cortadas o flores muertas, porque eso puede ser perjudicial...

Después, de uno de los bolsillos de su chaleco, sacó un conjunto de hojas muy viejas, amarillas y arrugadas. Me las entregó, diciendo:

- Cada que quieras escribir, antes de hacerlo, debes acercarte al altar, encender las dos velas, y después recitar las palabras contenidas en estas hojas; esto último hazlo repetidas veces hasta que logres pronunciarlas bien. Después, pídele a la imagen lo que quieres para tu trabajo. Debo decirte que aquello a lo que le vas



hacer una petición no otorga cosas materiales ni nada que tenga que ver con lo físico; aquello solo te otorgará lo que es intangible, como lo es el conocimiento de las cosas, o un cambio en tu alma, en tu personalidad y en tu conciencia. Así que puedes pedirle algo relacionado con eso. Cuando hallas hecho esto, te pones a trabajar en lo que tenías planeado. Verás cómo todo cambia en un parpadear de velas.

Y tan repentinamente como había venido, se fue. No recuerdo haberlo visto salir, así como tampoco lo habíamos visto entrar a la oficina. No recuerdo que haya entrado, ni salido, por la maldita puerta que tan cerca de nosotros se posiciona en nuestras horas de trabajo.

Mis compañeros me han dicho que qué es lo que he hecho con aquellas cosas que ese viejo raro me había regalado.

- Las tiré. Yo no creo en esas estupideces - fue lo que les contesté con expresión de - a quién le importa esa mierda - y seguí con mis asuntos.

Lo gracioso de esto es que aún conservo, y, lamentablemente, siempre conservaré esta condenada estatua.

Porque está maldita.



Todos los días, antes de ponerme a escribir los relatos aquí presentes, le he encendido sus velas a la grotesca deidad que se alza en el altar, el cual, se encuentra en el interior del sótano de mi casa, como un secreto que solo en estas letras revelaré.

Siempre le pedí a esa cosa que me ayudara para la creación de las siguientes pesadillas, y creo, que ha escuchado mis plegarias. Así que aquí te muestro el resultado de algo que está más vivo que cualquier cosa reptante en el mundo.



Estos textos tienen desolación.

Estos textos tienen muerte.

Estos textos tienen gusanos.

Estos textos tienen hambre.

Estos textos te observan.





**FLORES, GUSANOS Y
VOZ DE INOCENCIA**

Flores, gusanos y voz de inocencia

El hombre que me visita dice que escriba sobre mí. Yo no sé qué escribir sobre mí. Me regaló un cuaderno lleno de gatitos bonitos. A mí me gustan los gatitos. Pero los gatitos son malos. Malos, como las personas de afuera. Los de afuera son muy malos conmigo. Excepto mi mami y el hombre que viene a visitarme a mi cuarto. Ellos pertenecen al mundo de afuera. El hombre dice que mi cuarto ahora es mi mundo. Yo no le entiendo. Dice cosas muy complicadas. Palabras que no entiendo. Él menciona mucho a su amigo *Cotard*. Pero yo no sé quién sea *Cotard*. Mamá siempre llora cuando le pregunto que quién es *Cotard*. Yo no sé por qué llora. No me gusta ver a mamá llorar cuando le pregunto eso. Probablemente es un hombre malo. Yo no lo creo. Porque es amigo del hombre que me visita. Y él es bueno. Muy bueno. Siempre me da dulces, y me regala cosas bonitas.

Ahorita estoy feliz porque comí dulces. Los chocolates son ricos. El helado también, aunque a veces me duele la cabeza cuando como cosas frías. Me gustan también las manzanas. Yo siempre he pensado que mi cara es como una manzana podrida. Negra. Arrugada. Viscosa. Llena de fluidos apuestosos que manchan mi ropa. Mi ropa siempre la ensucio. Mamá antes me regañaba por eso. Ahora solo me dice que me cambie cuando ya esté muy manchada. Siempre



que mamá lava mi ropa, la veo llorar. Mamá llora mucho. Una vez le pregunté que por qué se ponía tan triste, y solo me abraza, y lloramos juntas. Se siente bonito llorar con mamá. Ella es una muy buena persona, aunque no sé por qué me miente mucho. Ella dice que no estoy fea. Ella dice que no huelo mal. Y sé que eso es mentira. Yo lo sé. Porque los de afuera me evitan. No les gusta que les muestre mis deditos cuando se me caen de mis manitas, ni mis ojitos cuando se me caen de mi cabecita. A veces guardo las partes que se me caen en unos frascos de plástico que mamá me dio para que jugara.

Mamá dice que no hay nada dentro de esos frascos. Dice que todo lo que veo no existe. Que todo lo que veo es falso. No me gusta que haga eso. A veces me da miedo. Mucho miedo. Hay veces en las que viene a mi habitación y platicamos juntas. Hablamos de cosas bonitas. Hablamos de flores. Hablamos de la Iglesia. Hablamos sobre las caricaturas que pasan por televisión. Pero también hay ocasiones en las que ella me habla de esas cosas que a mí me dan miedo. Ella dice que yo estoy enferma.

Mamá también dice que no hay nada moviéndose en mí. Pero creo que mis bichitos no le caen bien a ella. Aunque tampoco le caen bien a mi amorcito Felipe. Ni mucho menos a mí. Porque siempre me duele cuando ellos se comen mi pielecita color negrita.



Casi siempre hablo con mi amorcito Felipe. Le cuento las cosas que me pasan. Le cuento mis deseos. Le cuento lo que pienso. Le digo que lo amo, que lo amo demasiado. Él también me ama. Él me lo ha dicho en voz baja junto a mi oreja. Dentro de mi oreja. A veces se introduce en mi oído, y me cuenta sus alegrías y sus pasiones. Se mueve dentro de mi cabeza y escucha mis pensamientos, así como yo escucho los suyos. Él me demuestra que me ama. Siempre se mueve hasta llegar a mi corazón. Lo acaricia. Se retuerce en él con mucho cariño. Felipe dice que mi corazón late mucho. Que hace “lub, lub, lub”.

Mamá dice que Felipe no existe, que él es parte de las visiones que veo por mi enfermedad. Pero yo no le creo. Porque lo siento en mí. Lo siento en mi carne. Lo siento en mis huesos. Lo siento dentro de mi pancita. Felipe me da besitos en la cara. Dice que le gusta el olor de mi boquita. Yo me sonrojo cada que me dice esas cosas. Me pongo rojita, como decía mi abuela cada que me veía feliz.

- Estás rojita, mi niña - me decía ella cuando estaba viva.

Ahora la abuela está muerta. Que suerte tiene ella de estar muerta. De no moverse. De dormir siempre con su lindo traje. Con su lindo color de mejillas. Con su alegre sonrisa. Ella ahora está durmiendo bajo los árboles del cementerio. Mamá dice que la extraña, que quisiera ella despertarla de su largo sueño. Decirle que aún le ama y que la necesita.



Yo también necesito a mi mamá mentirosa. Porque ella me quiere, me quiere mucho.

A veces me enojo con ella porque me da la medicina. La medicina sabe fea. No me gusta. Ella dice que es juguito mágico, que le hace bien a mi imaginación mala. Ella dice que mi imaginación es mala, que me hace ver cosas muy horribles. Pero yo nunca he visto cosas horribles. Yo solo me veo a mí. Me veo en el espejo. Soy una niña muy fea. Los niños de afuera se asustan cuando me ven. Dicen que estoy loca. Pero yo sé que es porque soy fea. Muy fea. Tampoco les gusta como huelo. Yo huelo muy mal. Porque estoy podridita.

A veces vomito encima de mis vestidos porque no me gusta mi olor.

Siempre me baño. Con mucho jabón y agua calientita. Pero sigo oliendo feo.

Le he preguntado a Felipe que por qué mi mamá dice que yo no tengo mal aroma. Él me dice que no tiene idea, que yo siempre huelo bonito, que huelo como a las rosas que ponían encima de la caja de la abuela. A mí no me gustaría estar en una caja de esas. Me da miedo un día despertar dentro de una. Solita. En la oscuridad. Donde no pueda mover mis piecitos morados. Felipe dice que me parecería a él si estuviera dentro de una de esas cajas. Pero le digo que se calle, porque me asusta. A mí me gusta mucho Felipe. Pero me da miedo ser como él. No tener pies. No tener manos. No tener cabeza. Yo pienso que Felipe



es bonito como es. Pequeñito. Gordito. Blanquito. Con algunos pelitos. Yo le doy besitos cuando se acerca a mis labios. A veces me hace cosquillitas, y él dice que le gusta hacerme cosquillitas.

A veces Felipe es muy cochinito. Le gusta jugar con mi pipí. Le gusta beber mi agüita amarilla. Esa que escurre por mis piernas. También le gusta jugar con mi popis. Él dice que mi popis es rica. Dice que le gusta mucho porque es mía. Yo me río y le digo que es un cochinito. Él también se ríe y dice que me quiere, que soy muy graciosa y bonita.

En ocasiones me gustaría ser pequeña como Felipe, para poder abrazarlo toda la vida. Pero él dice que prefiere estar así de pequeñito. Porque puede vivir dentro de mi cuerpo. Dice que es muy hermoso ahí dentro. Dice que mi cuerpo negrito es hermoso. Yo le digo que también él es muy hermoso. Y hacemos el amor. Él se introduce ahí donde mamá dice que nunca debo tocarme porque es pecado. Que a diosito no le gusta que las niñas se toquen ahí. Que él se puede enojar conmigo. Pero Felipe si puede tocarme. Lo hace siempre que entra ahí. Él dice que es un lugar húmedo. Que huele como a huevito. A mí me gusta mucho el huevito. Sobre todo, frito. Con pancito y con juguito de naranja.

A mamá también le gustan muchas cosas. A ella le gustan mucho las flores cortadas, las flores muertas. Le gusta rezarle al hombre muerto que está en la



cruz. A mí me daba miedo eso. Porque ese hombre sufrió en la cruz. No me gusta que la gente sufra, aunque sean malas personas. Pero mamá dice que él no es mala persona. Mamá me dijo que él nos regaló su sufrimiento. Yo no lo entiendo. Pero aun así amo al hombre de la cruz. Porque es bueno. Y yo amo a las personas buenas. Ella me dijo que su nombre era Jesús. Creo que yo me parezco a Jesús. Porque él murió y después volvió a la vida. Mamá dice que no estoy muerta. Pero ella miente, miente y miente. Porque estoy muerta. Por eso los de afuera no me hablan. No se me acercan. Me miran raro. No me gusta mi piel podrida. No me gusta el vacío de mis ojos. No me gusta mi olor. No me gusta estar muerta y no poder dormir como lo hace la abuela.

A veces me gusta mirar dentro de mi estómago. Mis tripas son bonitas y apestosas. Me gusta jugar con ellas. Las saco de mi pancita cuando estoy aburrída. Mis tripas son mojaditas. Parecen gusanitos. Aunque no son como Felipe. Él es más bonito. Él si huele bonito. Yo no sabía que la popis estaba dentro de mis tripas. Ya no me gusta hacer popis. Porque hay gusanos feos ahí. Y me duele mucho, mucho, mucho. A mi amorcito Felipe no le gustan esos gusanos. Él siempre se distancia de ellos. Felipe siempre va a ser el gusano más guapo que hay en mí. Es muy grande, grande, grande. Lo he visto engordar. Lo he visto crecer. Lo he visto hincharse. Dice que es porque él ahora se está comiendo mi cerebro. Yo no sabía que era eso. Ahora sé que es con lo que pienso. Yo pienso



muchas cosas. Pienso en cuándo me voy a curar de mi imaginación mala. Pienso en cuándo dormiré como lo hace la abuela. Pienso si algún día yo me acabaré. Pienso si me desintegraré, o si me haré polvo. Tal vez queden solo mis huesitos. Blanquitos, como mi amorcito Felipe.

Escucho la respiración de mis pulmones. Escucho el gruñido de mis intestinos. Escucho el palpitar de mi corazón. Escucho el crujir de mi columna vertebral. Escucho el castañear de mis dientes cuando mi lengua resbala hasta caer al suelo. Escucho cómo Felipe se mueve entre mis entrañas en un tierno placer.

Ayer él salió amarillo y pegajoso. Él me dijo que estaba nadando en mi pus. El pus a veces huele muy feo, y a veces no huele a nada. También me sale agüita de muchos colores. Blanco, amarillo, negro, verde, café, rosa, rojo.

A mí me sale agüita por todos lados.

Oídos, boca, nariz, cuencas, vagina, ano.

Siempre salen líquidos apuestos de mí.

Orina, bilis, saliva, sangre, pus, vómito, diarrea.

Mi piel se deshace, se cae, se resbala, y muestra mi tejido lustrado. Tengo en mi interior bolsas carnosas que palpitan. Bolsas que se llaman órganos.

Intestinos, corazón, riñones, páncreas, hígado, pulmones.



Tengo en mi interior un enjambre de bichos feos. Bichos que se alimentan de mí.

Moscas, larvas, escarabajos, hormigas.

Estoy encerrada en una habitación. Una habitación rosita. Todo aquí está concentrado. Mi aroma se esparce dentro de esta habitación. Así como las moscas que ahora me invaden. Así como el millar de larvas que ahora emergen descontroladamente de mi cuerpo. De mi cuerpo maloliente. Antes me gustaba el olor de mi sangre. Recuerdo cuando me empezó a salir sangre ahí donde las niñas no pueden tocarse. Mi mamá lo vio. Ella me dijo que eso era normal, que a todas las niñas le salía sangre ahí. Pero yo no le creo. Nunca le creo. Creo que fue esa la vez cuando empecé a descomponerme. Felipe dice que ama mi cuerpo descompuesto. Dice que ama mi carne echada a perder. Él es el amor de mi vida, el amor de mi muerte. Es mi pequeño amor muerto.

Juego con Felipe cuando no estoy triste. Lo veo columpiarse en mis costillas. Lo veo jugando con la comida de mis intestinos. Los veo acariciándome las piernas. Él ha crecido mucho. Ahora es gordito como mi dedo pulgar. Ahora está más largo que mi dedo índice. Él se ha puesto muy, muy blanco. Yo siempre le pregunto que por qué ha crecido tanto. Él me responde que es porque yo le doy de comer muy bien. Yo no entiendo eso. Nunca lo he visto comer de mí. Él



dice que bebe mis fluidos. Yo sonrío. Él no me hace daño como los demás bichos que anidan mi cuerpo. Él siempre platica conmigo cuando estoy triste. Cuando le platico de lo vacía que me siento. Cuando le platico de las pesadillas que tengo. Él siempre me consuela acariciándome la mano donde él reposa cada que me escucha.

Le cuento de mis sufrimientos. Le cuento de mi dolor. Le cuento de mi cansancio. Me siento como una flor marchita que nunca muere. Con los pétalos arrugados. Con los pétalos invadidos por escarabajos. Con el tallo caído, como mi cuerpo horrible.

A mí me gustan mucho las flores. Pero no me gustan que las corten. Porque las matan. Porque las hieren. No me gustan las flores que le colocaban a la abuela en su caja. No me gustan las flores que mamá coloca junto al hombre muerto en la cruz. A mí me gustan las flores vivas. Las flores plantadas. Las flores que no tienen bichos feos encima. Cuando mi cuerpo se deshaga por completo, quiero que lo coloquen en el jardín de la casa. Que mi esqueleto sea plantado para que en él crezcan flores llenas de vida. Y así vivir entre las flores.

Antes me dejaban jugar en el jardín de afuera. Me gustaba acostarme en la tierra mojada. Ver el cielo. Sentir el agua de la lluvia en mi rostro. Jugar con la tierra. Jugar con las flores. Jugar con las lombrices. Jugar con las orugas. Felipe dice que



le dan celos cuando le hablo de los gusanitos que hay en jardín. Los gusanitos de afuera. Yo le digo que él es más especial que ellos. Le digo que él es más grande que ellos. Más bonito. Más cariñoso. Él se pone feliz y se azota de alegría entre mis manos. Brinca sobre mí.

A mí me gusta ver a Felipe dormir. Me gusta cómo se enrosca sobre mis piernas. A veces me gustaría que Felipe fuera grande como una persona, y yo ser pequeña como un gusanito, para así introducirme en Felipe y dormir dentro de él. Para siempre, siempre, siempre. Pero él es el que duerme dentro de mí, como si para él yo fuera como la caja en la que duerme la abuela. Para él soy una caja fúnebre, del mismo color: negro.

Me acuesto boca arriba en el suelo, imaginando que soy una caja en la que Felipe duerme tranquilamente, así como mi dulce abuelita. Miro el techo, pensando en el vacío de mi interior, he imaginándome dormida también ¿Las cajas duermen?

Veo a mamá acercándose, con flores en mano; flores en las que aún hay raíces que esperan ansiosas mi néctar. Mi madre se arrodilla, escarba en mi piel que se desprende como húmeda tierra, y planta sobre mí esas flores, bellas, bellas, bellas. Ahora soy más que una caja. Ahora soy un jardín de flores, en el que Felipe descansa y sueña. Soy el paraíso de mi amorcito Felipe.



**UN SECRETO ENTRE
VELAS Y FLORES**

Un secreto entre velas y flores

Yo no sabía lo que la abuela ocultaba en su jardín. Ella fue una mujer taciturna. De naturaleza demasiado reservada. Casi nunca hablaba; más que conmigo, y solo, conmigo. Ella, más que nadie, era quien tomó el papel de mi madre cuando era yo una niña. Y ella, solo ella, fue quien me hizo compañía a lo largo de ese periodo en mi vida. Pero nunca creí que, en aquello que tanto protegía con recelo, ocultara algo tan inquietante. Porque fui yo, y solo yo, quien descubrió su secreto.

Nuestra casa se alza sobre un extenso patio. En uno de los lados laterales, se erige un gran árbol viejo, cuya copa es tan amplia, que cubre un tramo de tierra considerable. Y por debajo de ese árbol está el jardín que durante tantos años cuidó esa mujer.

Yo solía internarme en ese espacio lleno de orquídeas, tulipanes y rosales de toda índole. Caminaba con mis pies desnudos sobre la húmeda tierra, y jugaba entre los pequeños arbustos que tan delicadamente ella había colocado en un orden, tan perfecto, que denotaba una fuerte obsesión por parte de mi difunta abuela.



Si uno se acercara a ese lugar, aún podría divisar los tenues vestigios de lo que antes era el altar al que mi abuela siempre le rendía culto cuando llegaba la noche. Ella había construido un extraño tapizado que se adhería al grueso tronco del árbol; era unas pequeñas repisas bien posicionadas para colocar, en medio de ellas, una figura ornamental del dios Buda, y alrededor de tal figura, un sinfín de velas e inciensos eran encendidos cuando llegaba la negrura que oculta al sol.

Siempre estuve fascinada por cómo se veía ese lugar durante todas las noches de mi jamás olvidada infancia. Un pequeño paisaje de radiante belleza, en el que las velas titilaban por todo un hermoso jardín, y donde la enorme imagen del dios Buda mostraba su sonrisa de calma perpetua, siendo ésta alumbrado por pequeños fuegos en la dádiva de la mujer que le cantó letanía de extrañas entonaciones. Me sentaba yo, al lado de quien consideré mi anciana madre, para escuchar el sublime cántico que de su precaria garganta emanaba, para oler las volutas del incienso, y para sentir la calma que aquello me inculcaba.

Fueron muchos años en los que yo le acompañé en esta práctica. Las estaciones del año las observaba yo con demasiado detalle. A veces, creía yo, que era algo místico, debido a la oratoria al dios de nuestro jardín. Porque, todos los elementos, de cada estación, se divisaban a detalle, únicamente, en esa parte del patio.



Durante primavera; las flores brotaban grandes y llenas de colores, y los colibríes y las mariposas revoloteaban entre cada una de las plantas, bebiendo el néctar de sus flores. Durante el verano; la hierba crecía, se escuchaba el croar de las ranas y el croar de los sapos, y veía maravillada a las luciérnagas emitiendo sus verdes fuegos fatuos.

Durante el otoño; las hojas de las plantas, y las hojas del gran árbol, se volvían amarillas, y se marchitaban. Durante el invierno; las ramas del gran árbol se mostraban desnudas, y las plantas se apagaban. Y así, el ciclo de estaciones se observaba de forma constante, en ese lugar, en el que mi abuela dedicó su tiempo durante tantos, y tantos, años.

Y en ese pequeño mundo, una tempestad llegó, cuando, en un descuido mío, al jugar torpemente cerca del altar, tropecé; y, tras esto, la figura de ornamento calló, y se quebró en medio de un caos deprimente. Fue ahí cuando el secreto fue revelado. Porque detrás de la figura del dios Buda, había una cavidad en el árbol bastante profunda; y en su interior, yacía el cadáver preservado de mi madre.

Mi abuela murió la misma tarde en la que descubrí su secreto. Tal vez sea coincidencia, o algo del dios Buda. El hecho es, que todo el jardín se marchitó. Ahora mi abuela está en el mismo lugar que su hija, dentro del gran árbol viejo.



Yo, por mi parte, estoy esperando el momento propicio para restablecer el altar del dios Buda.



ABANDONADO
RETOÑO

Abandonado retoño

Abandonado a su suerte, en ese vertedero de basura que para él siempre fue el confín del mundo, un niño errante, sin propósito en su existencia más que el de buscar alimentos desperdiciados, camina en dirección a un gran objeto que ha llamado su atención.

El niño tiene la piel pegada a los huesos, sus brazos y piernas son tan delgados como las líneas que marcan las estrellas de la noche que lo observa. Al niño le duele su hinchada barriguita, que ahora es nido de los parásitos que le arrebatan la vida. El niño se siente agotado, tiene ganas de dormir, y la maceta que hay frente a él se ve demasiado cómoda. El pequeño niño se introduce en ella, y abraza sus piernas para descansar un rato. Y queda ahí muerto entre su espantosa desdicha.



Meses después, en una tarde nublada y triste, un hombre se acerca a esa misma maceta, y queda atormentado por la imagen que vislumbra.

Una grotesca planta brota entre hinchados raizales que se enredan formando una horrible figura humana. Flores carnales mueven sus pétalos infestados de



gusanos, y de la hendidura que hay en medio de ellas, emerge un lamento abismal que hace temblar a la raza humana.

El pobre hombre se halla entre el horror y la tristeza, porque, de alguna manera, aquella planta le recuerda su abandono en el mundo.



**DESVENTURADO
CAPULLO**

Desventurado capullo

Pensaban que ella estaba enamorada. Cuando les dijo - Tengo mariposas en el estómago - creyeron que aludía a que estaba enamorada. Pero cuando vieron que una mariposa, grande y grisácea, salía de su boca, se dieron cuenta de que no era así. Y ahora su hija ha muerto por una severa indigestión, provocada por el acto de ingerir orugas vivas sin antes masticarlas.



UN ZUMBIDO EN LA HABITACIÓN

Un zumbido en la habitación

La pequeña Tilly espera inquieta la llegada del hada de los dientes. Se arremolina entre las sábanas de su cama, a causa de su impaciencia. Revisa constantemente debajo de su almohada, en espera de un probable cambio en el estado del pequeño objeto que yace colocado, con recelado cuidado, en medio de tal espacio acolchonado. Pero ahí persistía su diente, imperturbable, con su reluciente color blanco, con su pequeña manchita de sangre, mostrándose como vestigio de un cambio en la dentadura de la pequeña Tilly.

Una vez más, se coloca sobre la cabecera de su cama, en un vago intento por mostrarse dormida, o, talvez, por quedarse dormida, pues se muestra indecisa por la intranquilidad que la embargaba, producto, quizá, del deseo de contemplar a quien sería, según su imaginación infantil, el visitante al que le intercambiaría su diente por un ignoto regalo.

Mira el techo, oscuro como la noche tranquila que se perfila en la ventana que hay frente a su cama. La tranquilidad de la hora hace más vívidas sus ensoñaciones, sus pensamientos de incertidumbre ante lo fantástico de recibir un obsequio a cambio de un pedazo de ella. Algo, en el silencio que hay en su habitación, le hace dar un respingo, tras escuchar el zumbido de algo enorme, tras escuchar el aleteo de unas enormes alas de libélula.



La pequeña Tilly mira delante de ella. De la ventana, como si hubiera emergido del manto nocturno, entra una criatura alada de aspecto antropoide. Con una piel azulada, lustrada por su extraña aspereza. Con un vientre hinchado y alargado, repleto de diminutas protuberancias blancuzcas, repleto de pequeños dientes de niños.

El hada se le acercó. De entre sus esbeltas manos azules, unas monedas y un pastelito le fueron entregados a la pequeña Tilly. La niña, sonriente, aun viendo el verdadero aspecto del hada, le entrega su diente molar. El hada, emitiendo monótonos sonidos guturales, moviendo su cabeza, sus antenas y sus oscuros ojos porosos, recibe el diente de la niña; al hacerlo, lo introduce en su gran vientre, y regresa a la noche de donde vino.

La pequeña Tilly regresa a su cama. Se sienta a comerse su pastelito, cuyo sabor es tan agradable como el pastel de su madre. Tira la envoltura, y se acuesta a dormir, no sin antes escuchar grandes zumbidos en el interior de la casa. Al amanecer, su madre habría ya recobrado su forma humana.



**LA NOCHE DE LOS
MIL GATOS**

La noche de los mil gatos

Por todo el vecindario se han estado encontrando, esparcidas por doquier, cientos y cientos de ratas, enormes, gordas cual monstruosidades salidas de recovecos insondables. El estupor que causa tales descubrimientos, levanta al vuelo un palabrerío sobre toda clase de conjeturas, algunas muy irritantes, otras, de simple, curiosas. Pero ninguna a tomar en cuenta, porque yo sé de dónde vinieron, y yo sé el porqué de su óbito.

La noche antes de esta misma mañana, estando en medio de un terrible insomnio, me levanté de mi habitación tras escuchar un ruido que no hubiera yo percibido si estuviera dormido. En el silencio que proporciona el descanso colectivo de la noche, escuché sonidos en el techo de mi departamento. En el momento, tales sonidos me eran desconcertantes, y un tanto preocupantes, amén del miedo que me causaron. Porque el constante ajeteo de arriba se escuchaba como el pasar de una procesión de seres diminutos dotados de patas largas, ásperas y con garras.

Anduve hasta el corredor, y me dirigí hacia la puerta del balcón, en un intento por abrirla, y, así, con todo y el escalofrío que me palpaba, tratar de mirar lo que estaba, según creía, ocurriendo afuera, en el vecindario. Y el caos silencioso que había frente a mis ojos me dejó perplejo.



En los techos de las viviendas de enfrente, un infinito grupo de gatos, de todas las características que conjugan su raza, estaban a postre y a la espera, mirando fijamente en mi dirección, apacibles, en un millar de miradas curiosas que centellaban, como si fueran estrellas titilantes, en un manto formado de cuerpos felinos. Mientras que, por los techos, del lado de donde se posiciona mi departamento, una ingesta cantidad de ratas se desplazaban silenciosamente, sin emitir chillido alguno, sin hacer nada más que avanzar en masa y en un orden increíblemente perfecto.

Las ratas, unas grises, otras pardas, bajaban por los muros de los edificios de mi lado. Cruzaban el patio del vecindario de abajo. Después, en un sinsentido en lo acostumbrado, en un desafío de lo conocido en las leyes de la naturaleza, las ratas subían por los edificios de enfrente, en dirección al millar de gatos, dejándose matar por ellos. Todo, en un silencio enigmático.

Claro que los vecinos jamás me van a creer cuando les diga lo que yo, un joven estudiante universitario, vi en altas horas de la noche. Creerían que me drogué, que estaba ebrio o que estoy tratando de llamar la atención. Así que lo dejaré así. Pero, a partir de ahora, tendré que inclinar la cabeza, en veneración y respeto, cada que vea a un gato.



**LA NOCHE DE LAS
MIL POLILLAS**

La noche de las mil polillas

Una enorme mariposa nocturna entró a través de la ventana de un cuarto piso, en el departamento de la parte más alta de un edificio, dentro de un pueblo rural en el que abunda el infortunio y la superstición. Y dentro de tal aposento, una anciana mira resignada al gran insecto grisáceo que se ha postrado en la sala, junto a ella.

La mirada de la mujer, con sombríos ojos perlados, negros como los ojos de su anfitrión, denota un desasosiego a causa de tal premonición en el curso de la noche. Porque cuando una polilla entra a tu casa, es porque la muerte es inminente. Sin embargo, tales características que se reflejan en el insecto, le hacen preguntarse cómo será su culminación.

Tantos años recaídos en su cuerpo marchito, que la muerte se torna natural y tranquila en el aspecto de su ya agotada longevidad. Pero, tales condiciones reflejadas en la polilla que hay frente a sus ojos, le hacen dudar acerca de la forma que tendrá su muerte.

En el vientre hinchado del insecto, hay pequeños bultos traslúcidos, que se agitan levemente como si algo en ellos creciera. La polilla, al parecer, una madre procreadora de más huestes mensajeras de la mortandad, tiene dos pares de alas



y dos pares de antenas, y ésta emite un curioso sonido gutural que traspasa lo común en su especie lepidóptera.

Un miedo supersticioso escala por la precaria columna de la mujer anciana. Mira asustada la polilla regordeta que tiene en frente; observando su fino pelaje y las marcas grabadas en sus alas opacas y semitransparentes. Medita unos minutos acerca del aspecto del siniestro animal. Mira constantemente la forma que tiene - ¿Alguna vez, alguien, ha visto semejante tipo de polillas? - piensa, ante aquella forma de vida que le resulta extraña.

En medio de su trance, en medio de su atontada contemplación de aquello que la hace temblar, un sonido en el exterior le hace darse la vuelta.

Por las ventanas, por la puerta y por cada orificio presente en su departamento, una neblina oscura emerge en grandes cantidades, como un mar negro cuyas olas son la unión de un millar de sonidos agudos para el oído humano. Y aquel enjambre de polillas la envolvió, ahogando sus desgarradores gritos.

Pasaron muchas horas desde que los vecinos escucharon los alaridos en la planta alta del edificio. Por las ventanas, donde antes se divisaban las luces encendidas, ahora solo hay oscuridad, una oscuridad danzante, que se mueve como una gran sombra de horrenda constitución.



Por las ventanas, una vorágine de grandes mariposas nocturnas emerge en una enorme nube cambiante. Tal voluta se confundiría con la negrura que propicia la noche, de no ser, de una forma extraordinaria, el hecho de que aquella tiene la forma de una polilla monstruosa. Una figura siniestra formada por un millar de ellas. Una figura que hace temblar a las estrellas por desafiar a la oscuridad que viste a la noche, perdiéndose en ella.

De los ahí reunidos, un grupo entra al edificio, y suben hasta el cuarto piso. Y justo en el centro del suelo de la sala, se hallan los huesos de una osamenta humana, pulidos y blancos, como la luna llena y gibosa que se refleja en las ventanas.



**UN SACO LLENO
DE ARAÑAS**

Un saco lleno de arañas

Marjorie nota que le ha salido un pequeño bulto en la mejilla. Hinchado y rosado, con un punto blanquecino en el centro. Pone una mueca de desagrado, y lo rodea con la yema de sus dedos. Lo exprime, y un chorro de pus salpica en el espejo. Lo sigue exprimiendo, y la pequeña espinilla sale al exterior, grande como una piedrecilla. Después, una pisca de sangre escurre, y prosigue a limpiarlo con papel higiénico.

De pronto, más de esos pequeños bultos aparecen. Y ella lanza un grito, dando unos pasos atrás por el estremecimiento. Sus pies resbalan con el agua de las baldosas, y Marjorie cae de espaldas, golpeándose la cabeza, y quedando desmallada.

Minutos después, despierta. Siente un insoportable dolor en todo su rostro. Se mira al espejo, y su cuerpo comienza a temblar horriblemente. Porque su cara está llena de enormes bultos carnosos, que palpitan, como si algo se moviera dentro de ellos. Observa su color amarillento. Siente como su garganta se agranda, y de su boca despiden grandes cantidades de vómito por el tremendo asco que le ha producido su imagen. El espejo ha quedado cubierto por una pasta de alimento, saliva y jugos gástricos.



El dolor se extiende. Comienza a sentir cómo su piel se hincha en nuevos bultos. Sale corriendo del baño, dejando a su paso suciedad, defecándose y orinándose por el tremendo dolor que siente en todo el cuerpo. Sale de su casa, desnuda, gritando de forma espantosa.

Un cuerpo desnudo se hincha de forma repulsiva a plena luz del día. Aquello chillaba, corre desesperadamente, y la gente se aleja atemorizada por esa monstruosidad que agoniza. Aquello se tira al suelo, y comienza a convulsionar en medio de un gran charco de asquerosos fluidos corporales. Después, todo aquello explota.

De la corrupción que ha quedado del pobre monstruo femenino, emergen millares de arañas que crecen esporádicamente. Se vuelven grandes, panzonas, y cargadas de líquido fertilizante para inyectar a nuevos huéspedes. Y todo se vuelve más fétido y doloroso.



**LOS PÁLIDOS PIES
DE LA DONCELLA**

Los pálidos pies de la doncella

Una estela de sangre deja a su paso. Corre desnuda en el derruido cementerio, intentando no ser atrapada por la sombra maldita que la sigue con pasos quedos. La luna brilla esplendorosa en su cuarto menguante, y a lo lejos escucha el aullido de un canino asustado. Ella voltea ante algo que cruza entre los árboles de la derecha; el pánico ya se ha apoderado de ella, y la contorsión de sus blancas piernas no se debe solo al miedo, sino al dolor de su vientre herido por las garras de la bestia. Tiene que esconderse lo más pronto posible. No quiere que su vida termine en las fauces de aquello que la está persiguiendo.

Sigue avanzando entre las lápidas. El sonido del crujir de las ramas bajos sus pies desnudos la hace estremecerse. Las laceraciones en su cuerpo la hacen darse cuenta de que aún se encuentra viva, de que ha logrado salvar su vida de aquel monstruo necrófago que la ha estado torturando durante tanto tiempo. Sin embargo, tiene que alejarse de su madriguera; tiene que salir fuera de ese camposanto cuyos mausoleos ocultan ceremonias indecibles, donde los pálidos demonios devoradores de carne humana invocan la presencia de seres más terribles que los de sus preceptos terrenales. Así que avanza entre la indeseable árida tierra, donde los árboles arcanos se alzan haciendo crecer sus grotescas



raíces en su interior, alimentándose de la descomposición de los congéneres silenciosos que se postran bajos las tumbas.

Su pecho late fuertemente. Tropieza, pero vuelve a levantarse en medio de temblores y arcadas. Aquello no es lo importante. No importa si tiene profusas heridas en su cuerpo. No importa que se encuentre desnuda en medio de una fría noche invernal. No importa que se encuentre en un cementerio. No importa que muera. Lo único que ella desea es no ser alcanzada por la criatura pesadillezca que le persigue. Porque ella ha visto todo lo que hace en el interior de los mausoleos que la rodean. Ha visto cómo tortura a sus víctimas. Ha visto cómo las devora y cómo las mastica lentamente. Ha escuchado el crujir de huesos entre sus dientes. Ha escuchado el viscoso masticar de intestinos, riñones, páncreas, pulmones, corazones, cerebros y toda clase de órganos que aquello ingiere. Ha escuchado sonidos guturales emerger de sus cavidades. Ha probado el semen de su repulsivo miembro membranoso, y lo ha sentido penetrar en cada una de sus hendiduras. Ha olido el fétido hedor de su boca. Ha sentido el dolor que causan sus torturas. Ha visto lo que emerge de los trazos que hace en medio de velas ennegrecidas, en medio de grotescas ofrendas.

Así que corre, no solo para salvar a su cuerpo de un espantoso estado agónico, sino también para salvar a su pobre alma humana de ser tomada por el que mora en los abismos. Avanza sin importar nada, cruzando lápidas, ofrendas caídas,



montículos y piedras. Siente cómo aquello se mueve entre los árboles, cómo brinca entre las lápidas. Escucha el arrastrar de sus patas arrugadas y ásperas. Está cada vez más cerca de ella. Sus pies ya no pueden soportar el seguir corriendo con ese tremendo ardor que surca hasta lo más hondo del tejido abierto, vivo y sangrante. Ha perdido mucha sangre, y su agotamiento la hace decaer y disminuir su carrera por salvar algo más que su vida. Ahora escucha un gruñido profundo que penetra la noche. Ahora siente que algo se lanza hacia ella con un alarido que hace temblar a las estrellas. Siente esa cosa fría abrazando su cuerpo. Siente unos grandes dientes que desgarran su garganta.

Y ahora su cuerpo ya no siente nada.

- Mierda - Exclama, Alfred, tras escuchar los alaridos.

Busca entre sus ropas la linterna, y toma el machete de al lado del tronco. Se levanta, y va en dirección al lugar del que provino tan estridente sonido. Pasea la linterna en los recovecos oscuros, en busca de algún indicio que delate lo que hace unos segundos fue tan estremecedor.

- De seguro los chacales han tomado a uno de esos entrometidos.



Se ajusta el sombrero, y sigue recorriendo el camposanto durante varios minutos.

Cuando su linterna topa con horrible figura encorvada.

- Oh, por Dios - Exclama, mientras se persigna con mano temblorosa.

Un ser espantoso yace agazapado entre dos grandes lápidas. La palidez de su espalda y las vértebras de su columna que sobresalen entre su carne, lo delatan como algo en verdad inhumano. Un sonido gutural sale de aquello, y se gira lentamente al sentir la luz artificial que lo delata; y se encara frente al velador que lo está molestando con su presencia. Muestra su rostro, carente de expresividad alguna, con una boca dotada de largos dientes irregulares y amarillentos, observándolo con ojos carentes de iris y de una profunda negrura maligna.

El sonido de carne siendo masticada, y la imagen de dos delicados pies blancos sobresaliendo de su mórbida boca, hacen que el velador quede en un estado de shock momentáneo, antes de ser la siguiente víctima del ghoul.



**EL CHICO DE LOS
OJOS SALTONES**

El chico de los ojos saltones

Los alumnos de la clase 3B esperan la llegada de su profesora. La mayoría de ellos se encuentra de mal humor, por causa de la lluvia torrencial que se desata de forma deprimente en el exterior. Y, de alguna forma, todos ellos muestran una incomodidad por la humedad del día. Dos chicas tienen el pelo maltratado, he intentan emparejarlo a fracasadas cepilladas. Un grupo de chicos se ha mojado en el camino a clases, y uno de ellos tiene los pantalones llenos de barro.

Es claro que un infortunio se marca en la escena, y a ello está también un olor desagradable, que, de forma curiosa, ha sido asociado a ese olor putrefacto que emana del pantano fangoso cercano. También hay algo en la expresión de los que se encuentran en el aula, semejante a lo que se observa en la cara de quien es excesivamente supersticioso.

En la oquedad del momento, llega a oídos de los jóvenes presentes un sonido impetuoso: el croar de un sapo. Pero vaya tono; elevado, y casi bestial. ¿Qué tamaño tendrá ese sapo como para emitir algo así de fuerte? Todos se asustan, y se asoman por las ventanas en busca del curioso animal. Todos se hallan agitados, dando exclamaciones incoherentes y suposiciones fantasiosas ¿Quién ha mencionado algo referente a los ogros?



Todos gritan y dan un respingo cuando la puerta del salón se abre. Pero tranquilos, es la profesora; pero... viene acompañada por un chico de aspecto extraño ¿Por qué todos se han asustado más? La escena es graciosa si se viese en una foto. Los chicos regresan a sus lugares, y escuchan lo que la profesora tiene que decir ¿Por qué está tan nerviosa?

Chicos, hoy toca dar un anuncio especial. Acaba de llegar al colegio un nuevo estudiante, quien ingresará a nuestra aula. Bienvenido cariño. Puedes presentarte a tus nuevos compañeros.

Todos están paralizados por la apariencia que tiene el recién llegado alumno. Un chico demasiado chaparro para su edad, con una redondez casi perfecta en su peculiar gordura. La expresión de su rostro es sombría por la mueca que conjuga su boca de labios hinchados, sus mejillas arrugadas y una papada de varios pliegues de carne, que se alargan de forma muy extendida. Y lo peor de su aspecto, son sus ojos. Unos ojos enormes y saltones, amarillentos alrededor del iris, que aparentan sobresalir de las cuencas, y que son tan hinchados que parecen larvas enroscadas. El recién llegado intenta hablar. Al menos, es lo que todos creen.

Sus labios se desprenden, y un extraño sonido sale de él. Su boca se despliega. Su cara se deforma, y la piel se vuelve una masa asquerosa que se expande más



allá de la pizarra. Sin dientes y sin encías, con unas enormes lenguas pegajosas que se agitan en el aire. Su fétida baba escurre, y vomita un ácido verdoso que cae sobre los presentes. Los rostros de todos se derriten. La carne se les desprende, y sus cabezas se vuelven cráneos gelatinosos que expulsan sangre y bilis. Las grandes lenguas los envuelven, uno por uno, y aquello los traga.

El salón es ahora un lugar pegajoso y de tonalidades verdosas. La cosa vuelve a su forma anterior, y sale por la ventana en un sonido de vidrios rotos, saltando de forma monstruosa. De las paredes comienza a brotar un fango, y el repulsivo olor desaparece. Ahora todo es un pantano saludable, dentro de cuatro paredes que han quedado desoladas, así como también el mundo está por quedar desolado de la presencia humana.



**PERDIENDO
LA CABEZA**

Perdiendo la cabeza

Sintió cómo su cabeza se desprendió y rodó por el suelo. Ella aún seguía tambaleándose en su recámara; bamboleándose de un lado a otro. Y ella, sin saber qué es lo que estaba pasando, se tiró al suelo, en busca de su cabeza. En un intento que se trastorna en una burla espantosa.

- ¿Dónde está mi cabeza? - Pensó, la chica despojo, sin tener pensamiento, la chica decapitada, sin tener cabeza, en una angustia por volver a estar completa, por volver a tener completas cada una de sus facultades. Y su cabeza rodaba y rodaba. Y su cabeza reía y reía.

Un cuerpo femenino se mueve en cuatro patas, en una habitación donde reina la penumbra. Un despojo femenino se arrastra desesperadamente en busca de su cabeza perdida. Algo sinsentido se mueve en busca de algo que ha perdido. Un ser reptante, que desafía lo concebido, camina por el suelo de una oscura habitación, en busca de su parte desprendida, en busca de aquello que formaba parte de su aspecto anterior.

Y de aquel despojo humano, emerge un chillido monstruoso, un gemido producido por la cavidad de su cuello, donde antes yacía una cabeza, como si



fueran labios que nunca deberían ser labios. Una hendidura que nunca debería gritar. Una hendidura que nunca debería moverse. Y la boca del cuello gritó y gritó. Y la cabeza lloró y lloró.



**FLORES DE UN
MUNDO MUERTO**

Flores de un mundo muerto

Miro el jardín, donde crecen rosas y orquídeas en una tierra maloliente y putrefacta. Una tierra húmeda, que palpita como el interior de mi cuerpo hinchado. Observo cómo unas larvas monstruosas se asoman para horrorizar al cielo con su aspecto. Oigo el agitar del viento, aullante, que se escucha como un lobo hambriento en medio de un gélido desierto. Y vuelvo a meditar acerca de la vida que una vez tuve.

La noche devora al sol, y las estrellas ígneas son depositadas por la mano desnuda del caos, en el vacío negro y eterno que se expande y que todo lo envuelve. Y veo ahí mi destino, comprendiendo que yo soy ese jardín que tanto observo al paso del tiempo, cuyas flores crecen en el suelo pútrido que es mi carne echándose a perder. Pues no soy más que un cadáver, en el que flores crecen, nutriéndose de lo que una vez estuvo vivo.

Pasan los días, y ahora solo quedan huesos. Ahora hay un jardín en el que se alzan espinas dorsales. De aquí allá hay piezas de lo que una vez fueron osamentas humanas. Y las flores se enredan sobre lo que una vez fue inocencia, cual cuadro de vida y muerte.



En las inmediaciones de una ciudad de mala muerte, unos detectives inspeccionan determinada casa abandonada, el lugar al que le han llevado las pistas detrás de uno de los más espantosos casos que hayan tenido entre manos. Hombres vestidos de blanco inspeccionan el lugar. Recogen muestras que puedan revelar más luz en aquello que se torna sombrío. Y ante aquella inspección de rutina, observan algo que jamás olvidaran el resto de sus vidas.

Un jardín lleno de esqueletos humanos, introducidos en la tierra, como si trataran de imitar a los grandes rosales que hay ahí plantados. La mayoría de los presentes comienza a llorar y a gemir amargamente, porque cada uno de los vestigios coincide con el número de niñas desaparecidas en las últimas semanas. Y sus vestidos han sido hallados en el interior de la casa, manchados de sangre, y de otros desperdicios que nunca deben ser mencionados.



**EL SINSENTIDO
DE LOS HUESOS**

El sinsentido de los huesos

Es demasiado raro el hecho de que tengamos huesos. Bien, he comenzado con esto de una forma demasiado rara. Y es que en estos momentos recién estoy filosofando sobre lo que es la calavera humana. ¿Qué es nuestra osamenta sino puro calcio solidificado, materia inerte ajeno por completo a nosotros mismos? ¿Realmente nos pertenece este esqueleto? Es algo inanimado, que sostiene lo que es pulsante, sostiene lo que palpita, sostiene lo que nos da la vida y nos da conciencia; ese es su único propósito: sostener nuestros órganos, dándonos una forma en conjunto y otorgándonos la movilidad física. ¿Tejido muscular? Eso tampoco tendría sentido sin el esqueleto pueril que ahonda dentro de nosotros. Nuestros tejidos, nuestra carne y nuestros órganos están sobre el esqueleto, así como el musgo y el fango están sobre las rocas, sobre ese frío contexto en el que crecen llenos de vida. Nuestro corazón late dentro del tórax, así como las abejas zumban dentro de sus panales. Nuestro cerebro piensa dentro del cráneo, así como las babosas se enroscan dentro de sus conchas. Nuestros pulmones se expanden dentro de nuestras costillas, así como como las orugas crecen dentro de sus capullos. Nuestros ojos se mueven dentro de las cuencas, así como las larvas se retuercen en lo inanimado. Esto es, tal vez, otra evidencia que muestra



con probabilidad de que lo material es más esencial para nosotros que cualquier otra cosa, pues sin la materia no existe la filosofía.

Tal vez esté yo equivocado al ver las cosas de esta manera, porque ahora me viene a la mente un jardín lleno de rosas y tulipanes, donde también hay espinas dorsales, que crecen con el paso precario del tiempo. Pero, de igual forma, la muerte es la materia sin vida, y por ello una osamenta representa bien este hecho. Camino yo sobre el jardín, con mis pies desnudos sobre la húmeda tierra, arranco una de esas blancuzcas espinas y veo cómo emana de ella la bilis, y ahora pienso en rocas, rocas sin sentido, en cuyo interior fluye un manantial de agua lleno de peces, lleno de vida.

Y ahora recuerdo que los peces también tienen vertebras.



**LIBRO VIEJO
Y ABURRIDO**

Libro viejo y aburrido

Se encontraba en el rincón de la casa, ese libro al que nadie le prestaba atención. Apartado de los demás, todo polvoriento y viejo estaba el gordo y sabio libro que nadie leía porque decían que era muy aburrido. Lo comencé a leer, y tenían razón, era bastante aburrido. En él se leía un aburrido pasado, acontecimientos sin importancia. No tenía nada interesante. El libro parecía interminable, y seguía sin nada bueno que contar. Ni siquiera sabía que es lo que estaba leyendo. Como si fueran recuerdos olvidados. Las páginas parecían que nunca se iban a acabar. Pero, por alguna extraña razón, yo lo seguía leyendo. Finalmente lo había terminado. No le entendí absolutamente nada. Lo cerré con gran fuerza que hasta hizo una nube de melancólico polvo. Cuando vi la portada me di cuenta de que el título del libro era mi nombre. No le di importancia. No me interesó en lo más mínimo. Así que lo regresé a su lugar para que siga en el olvido, y así, con el tiempo, se haga polvo y deje de existir.



VISCOSIDAD INTERNA

Viscosidad interna

Mierda, pensé que se estaba asfixiando. Pero cuando me acerqué a ella... esas repulsivas creaturas emergían de su boca. Parecían caracoles, ya sabe, babosas... Pero creo, ahora con horror, que eran sus órganos, retorciéndose con vida propia, con vida individual... Y ahora tiemblo al recordar mi viscosidad interna.



EL ÚLTIMO SOL

El último sol

En el primer año, de la tercera década del segundo milenio, una niña y su madre se hallan en lo alto de un edificio, en una de las tantas ciudades vestigio del tercer gran combate. Después de tantos meses, observan de nuevo el amanecer, que despierta en ellas una sonrisa de nostalgia, mientras miran el creciente sol que lo envuelve todo. Y la noche cae de nuevo.



EL MUNDO

PALPITA

El mundo palpita

Camino por el asfalto, en una noche de extrema frialdad. Es un solitario callejón, alumbrado por enormes faroles que se extienden en hilera a cada uno de los costados de la calzada; hileras tan largas, que parecen interminables. Y con el gran manto de negrura bajo el efímero paisaje que me rodea, una agitación perceptible hasta los huesos me impide voltear para ver qué es lo que provoca ese sonido. Tan raro es ese sonido, como el chapoteo de algo gutural, fétido y viscoso cuya naturaleza se burla de lo orgánico.

El miedo se vierte en grandes dosis, ya que ahora se escucha el agitar de miembros y patas que se mueven a un mismo ritmo, siendo estos arrastrados por el gélido suelo y siendo agitados en el aire. Mantengo la mirada al frente, evitando ver aquello que alberga la imagen de la locura. Mientras avanzo con pasos apresurados, en esa calle sin salida y sin mural alguno, en el que las estrellas se ven relativamente cerca, como se ve nuestro rostro en el reflejo de un ventanal. Es ahí cuando me percató, que, de alguna manera, me hallo en los confines del espacio, siendo perseguido por una entidad inefable.

El transcurso del tiempo es invisible; más bien, se muestra como lo que siempre fue: como algo completamente inexistente.



Mi andar es un tanto bamboleante, como si mis piernas fueran el compás de un reloj de ébano, moviéndose pausadamente, en un mecanismo tan misterioso, tan hipnótico dentro de su arquetípico sistema banal y rudimentario. Y la sensación que palpa mi espíritu, es tan espesa, como la neblina que se forma detrás de mi cuerpo andante.

Algo late en el interior de esa niebla, algo que se expande como el corazón que albergo bajo este extraño manto de carne. De hecho, aquello late al mismo son con el que lo hace mi corazón frenético, como si se burlara de mi angustia ante el hecho de estar atrapado en una espantosa hipnosis, del que mi cuerpo es una estúpida marioneta, siendo movido por una fuerza tan maligna como las perversas estrellas que me observan, mientras yo continúo caminando en esa calle sin fin, en un metraje sin sentido para el intelecto humano.

Es en medio de esa angustia, en la que escucho, por primera vez en tantos evos, que la cosa me habla, en un lenguaje que no es pronunciado con palabras, sino con ondas apenas perceptibles para los frágiles cinco sentidos que nos otorga nuestra fisonomía. Con esas emanaciones, le ordena a mi cuerpo que se dé la vuelta, para poder verlo en toda su horrenda forma. Así que me giro entre mis pasos, y en medio de la neblina que lo envuelve, lo observo.



Es ahí cuando despierto gritando horriblemente, en medio de la madrugada, mientras el viento aúlla al pasar entre las ramas de los árboles cercanos a mi hospicio. El frío sudor de la pesadilla escurre de mi frente a la mejilla, bajando en un hilillo salado que seco con el dorso de mi mano. Agitado, mientras mi mirada se enfrasca en el vacío, estando yo en medio de pensamientos en los que trato de darle sentido, no tanto al sueño en sí, sino a la figura deforme que me ha perseguido durante tantas noches desde mi infancia; porque por primera vez en toda mi extraña vida, he logrado ver a esa cosa.

Un respingo de incredulidad me saca de mis meditaciones. Miro el reloj de la mesilla; son cerca de las seis de la mañana. Me levanto de inmediato, para arreglarme he ir a la institución. En la inmediación de un cuarto de hora, ya estoy listo; tomo mi mochila, y salgo a través del umbral.

Paso con la insolencia de quien es joven y entusiasta, en ese estado del que dicen estar campante, mientras cruzo las aceras y avanzo a la siguiente cuadra, girando en la intersección hasta llegar al camino que me dirige a las instalaciones del plantel.

La pasividad de las primeras horas de la mañana me mantiene sereno, en ese ambiente estudiantil, entre todo el alumnado que está llegando a sus respectivas clases. Entro al colegio más temprano de lo que acostumbro llegar. Un tanto



desvelado, entro a mi salón correspondido. Tomo asiento, y espero, medio adormilado, a que llegue la profesora.

Pasan los segundos, pasan los minutos, y pasa media hora hasta que la puerta se abre, y de ella sale la miss; con su vestido rojo y ajustado, sus zapatos negros de tacón, con su pequeño sombrero que complementa la elegancia de su porte, y ese lindo pelo corto que termina en perfecta ondulación, en dos puntas a los lados del escote, que se balancean y rosa sus lindas mejillas; llegando con su suave caminar hasta su escritorio, dejando cuadernos y papeles en su base, para después sacar el juego de marcadores color pastel, y comenzar a trazar la gramática del día.

Me muestro atento, escuchando las explicaciones. Cómo se conjuga un verso, una oración, una estrofa... escuchando el persuasivo paso áspero y tenue del marcador rosita al plasmar cada letra, cada coma, cada uno de los puntos que conformaban el párrafo del texto que estamos estudiando. Leyendo y releendo un largo fragmento de Cortázar, con la austeridad que propicia la dificultad de su prosa. Una risa entre cometidos dispares, y la clase se torna alegre.

Abro mi cuaderno, anoto el ejemplo que fue anotado en el pizarrón. Escucho el monótono repiquetear del reloj que se postra por encima de la antesala de



clases. Y de pronto, la manecilla del segundero se detiene, y todo se torna en un silencio mortuorio.

Miro a mi alrededor, embargado por la confusión. La extraña sensación vuelve a brotar en mi interior, dándome cuenta de que no formaba parte del sueño. Y ahora me encuentro aterrado, porque la quietud que se observa en la atmósfera me indica que el tiempo se ha paralizado; y cada uno de los presentes en el aula se halla congelado en el tiempo; exceptuándome...

De inmediato, salgo del salón. Asustado, corro por el pasillo del instituto. Y, a mi paso, me topo con la figura de un profesor; en posición estática, como si fuera una fotografía que capta la simple rutina de caminar. Aquello se percata sombrío ante la incertidumbre. Un enigma que trasciende lo acostumbrado en mi aburrida vida, dando lugar en la escuela, como una macabra comedia que evoca mi confusión.

Cruzo el pasillo hasta alcanzar la salida. Y en el momento inminente en el que abro las puertas de par en par, ese sonido rítmico comenzó a rezumar, y algo dentro de mí se hincha horriblemente, al ver el escenario que ampara lo errático. Porque todo se halla inmovilizado, en una sátira que se burla del flujo acostumbrado.



Los autos, los árboles, las personas, las aves, y todo lo que alberga movimiento se halla en parálisis temporal. El cielo está teñido de un extraño color violeta. Me encuentro en medio de la calzada, en esa calle adornada de faroles que se extiende más allá de mi vista, viendo cómo el mundo ha cambiado.

Violeta es la niebla que se alza por encima de los edificios, envolviéndolos en su espesura. Horrible son los sonidos que escucho en su interior; y perversa la deidad que se alza flotando por encima de todo, con sus millares de miembros espasmódicos, con sus millares de ojos que todo lo observan, con sus millares de formas que todo será, y con su enorme boca que todo lo engulle. Su cuerpo informe se expande en las alturas, y se hace tan grande como el astro que eclipsa nuestro triste sol.

El mundo se está desvaneciendo. Se deshace a cada fragmento que es devorado. Miro estupefacto cómo el plano terrenal desaparece. Los autos, los árboles, las personas, las aves... todo entra por el gran agujero dentado. Veo cómo me elevo por los aires; cómo intento sujetarme de la rama de un gran árbol, tratando de no ser consumido, de no formar parte del alimento del gran devorador de planetas.

Me acerco, cada vez más, a su espantosa boca...

Oh... esos... ¿dientes?



Me acerco, más... y... más... ¡¿qué es esta oscuridad?!

Es ahí cuando despierto de golpe en medio de una severa agitación. Me he quedado dormido, a mitad de las clases. ¿He soñado eso de nuevo? Aunque, esta vez, fue muy diferente. Veo en las hojas de mi cuaderno abierto una gran mancha de sudor, lo cierro ante la gracia, y lo guardo en la mochila. Suspiro al ver que no me encuentro en la oscuridad, sino bajo la protección de la luz artificial que otorga la bombilla del aula.

El horario del reloj indica que son las dos de la tarde; sus manecillas avanzan de forma normal, pero la hora no concuerda con la noche que se refleja en las ventanas. Me percató de que soy el único que queda en el salón ¿Nadie se dio cuenta de que estaba dormido? Me cuelgo la mochila ante esa cuestión, y salgo de ahí con pasos quedos. Observo que la escuela se encuentra vacía, tan vacía como el silencio que lo envuelve todo. Cruzo el pasillo con un escalofrío que altera mis cabales. Y salgo al exterior.

Tiemblo ahora al contar esto a los extraños bichos del nuevo mundo, los únicos que me hacen compañía en mi recorrido por encontrar un ser inteligente que proporcione séquito de lo que antes fue el humano civilizado. Porque cuando salí por el umbral del instituto, el mundo como lo conocía había desaparecido. Es ahora un mundo de materia carnosa. Un mundo de carne punzante, de un



estado traslúcido, rosado y fétido. Y supe en ese momento, que tendría que pasar el resto de mi vida de una forma espantosa, en el interior del estómago del devorador de planetas.



**MUERTE ENTRE
PLACER Y DOLOR**

Muerte entre placer y dolor

Robert Morgan está leyendo una nota del periódico. En la nota, se dice que fue encontrado el cadáver de una mujer, que ha sido violada brutalmente. La nota no especula nada más, solo que esperarán resultados para un próximo informe. Claro que esto es un truco de mercadotecnia; uno lee la noticia, y si quiere saber más, tendrá que comprar los próximos números para saber el resto.

Algo curioso de esto, es que, a su lado, está el cuerpo de esa chica.

Morgan recuerda lo de esa misma mañana. Se levantó tarde. Con mal humor y mucho estrés, se arreglaba para ir a trabajar a la institución. Tomó su sombrero y su chaleco, y con pasos veloces y fulminantes, cruzó la puerta de su casa.

Ni siquiera le dio tiempo de despedirse de su esposa.

Ahora recuerda que no lo hizo.

Mientras sujeta su taza de café, tratando de recordarla, tratando de recordar cómo se veía aquella mañana; como vestía, cuál era su nombre; tratando de recordar su bello rostro.



Morgan ha olvidado en ese instante todo lo que recordaba sobre la dama de la que se enamoró hace siete años.

Y ahí está Morgan, en su estúpido trabajo en la morgue. Un trabajo que antes le era fascinante. Pero ahora le es aburrido, tan aburrido como lo cotidiano.

Hace semanas que no ha regresado a casa. Lo tienen ocupado haciendo informes de resultados sobre los cadáveres que le llegan. Y el cadáver de esa chica es el último. Después de terminar con el cuerpo, regresará a casa.

Junto a su esposa.

El cuerpo con el que trabaja en este instante es el de una chica de veintisiete años. El cuerpo lleva cuatro días en estado de descomposición. Pero por causa de la refrigeración en la que está sometido el cuerpo, esto no es notorio; al menos, Morgan no lo percibe.

Morgan nota en la chica una extraordinaria belleza.

Su pelo es de color negro, corto y ondulado; su rostro es precioso, es redondo; tiene las cejas bien alineadas, una nariz pequeña y chata, y unos labios pequeños y voluptuosos. La chica posee, además, un buen físico. Sus pechos son redondos



y firmes, tiene un abdomen muy bien formado; su sexo es rosado y con labios delicados; tiene bonitos muslos, y sus piernas son preciosas.

Toma un sorbo de café mientras observa aquel cuerpo que le resulta hermoso. De pronto, tras un leve estremecimiento, sale de sus morbosos pensamientos y comienza con su labor.

Hace la frecuente metodología de todos los días.

Se pone su bata blanca, su cubrebocas y sus guantes. Y sin examinar la mesa en donde se hallan sus instrumentos, toma un bisturí, y comienza a diseccionar el cuerpo. Siempre comenzando con hacer un corte en forma de “Y”, en medio del abdomen. Ahora, con unas pinzas, abre los pliegos de carne, dejando expuestos los órganos.

Las costillas, el corazón, los pulmones, el hígado, el páncreas, la vesícula biliar, el estómago, el intestino grueso y el intestino delgado; todo está en su lugar...

Robert frunce el ceño, pues hay algo peculiar que se muestra en la ya acostumbrada imagen. Todos estos órganos parecen completamente sanos, como si la chica estuviera muerta tan solo hace pocas horas.

- ¿Cómo era posible esto? - Un sudor frío aparece en su frente.



De pronto, le llegan pensamientos extraños, en los cuales se involucra, aunque de manera muy vaga, a su esposa. Pero más allá de eso, también comienza a tener una sensación que se vuelve completamente enfermiza en aquel contexto:

Morgan, se siente sexualmente excitado.

- Probablemente sea producto del enorme estrés - es lo que piensa Morgan en este momento. Un nuevo estremecimiento recorre su cuerpo.

Después, surge una gran erección.

Se queda varios minutos viendo aquel despojo sin vida. Su mirada se vuelve más baja, y ahora se da cuenta de que tiene su mano derecha dentro del pantalón.

Se está acariciando el pene.

Transcurre el tiempo. Robert sigue aletargado en esos mórbidos pensamientos. Está mirando sus labios sin vida. Repentinamente, Robert toma bruscamente el cuello de la muerta y comienza a besarla. Se quita los pantalones, y como un anfibio que se lanza en su presa, comienza a montarla, para después penetrarla por la cavidad vaginal.



Un acto sexual enfermizo se está llevando a cabo, bajo las lámparas de gas, dentro de un instituto plenamente frío y silencioso en donde solo los cadáveres te hacen compañía.

Jadeos y movimientos estrépitos.

La luz de las lámparas forma una sombra grotesca.

La forma de un hombre lobo devorando a su víctima.

Finalmente, el acto ha culminado.

Morgan ha eyaculado dentro de ella.

Solo esperemos que no quede embarazada.

Se levanta, cansado, se vuelve a poner los pantalones. Ahora se siente culpable. Sigue teniendo la mirada cabizbaja, y se da cuenta de que su bata está sucia. Tiene una enorme y grotesca mancha encima. Una combinación de sangre, grasa y pedazos de carne putrefacta. Levanta la mirada, con una expresión de desconcierto y nerviosismo, mira como quedó el cuerpo de la chica.

Pero el cadáver parece intacto.

Él sabe lo que acaba de hacer. Sin embargo, las evidencias se contradicen. La asquerosa mancha está ahí, en su ropa. Pero el cadáver sigue sin denotar cambios.

Los órganos permanecen en su lugar.



Se percibe algo muy extraño en todo esto, y él lo sabe perfectamente.

Ha habido un cambio repentino en su rostro.

Ahora se siente aterrado.

Sigue observando el cuerpo detenidamente.

Parece estar viva; como si la chica estuviera simplemente dormida.

Es aquí cuando piensa que su mente le está jugando una broma.

- Todo esto debe ser una maldita broma - piensa, mientras se da media vuelta para buscar con qué limpiarse esa asquerosa mancha.

Extrañamente (aunque ya de por sí toda esta mierda es muy extraña) el frío de la habitación se ha intensificado, y las sensaciones que siente Robert obtienen una metamorfosis, haciéndose más negativas.

Ahora no solo siente miedo y asco, ahora tiene la sensación de que hay una presencia en la silenciosa morgue.

Nunca se ha sentido así durante todos los años que lleva trabajando en ese instituto, pero, en este momento, tiene la sensación de que hay alguien en el lugar; alguien a sus espaldas.



Así que lentamente, con un ligero temblor en su cuerpo, se da la vuelta para mirar atrás.

Y el terror se apodera de su ser.

Es ahí cuando cree que se está volviendo loco.

La chica yace parada frente a él.

Esto es imposible. Sin embargo, sus ojos no lo engañan. El cadáver de la chica está parado frente a él, y lo está observando; con unos ojos carentes de iris, muy oscuros y vidriosos, muy profundos y siniestros. El cadáver contorsiona su cuello de manera espeluznante, y sus manos se mueven de forma meticulosa.

Este cadáver reanimado ahora posee en su piel unas grotescas tonalidades azuladas, típico de los muertos. Sus órganos son amarillentos, y están hinchados. En su cuerpo han aparecieron unos enormes gusanos, gordos y blancuzcos.

Morgan siente que esos gusanos se mueven en sus testículos, que se mueven en su pene...

Hay un olor repugnante en el ambiente, y no es el olor de los cadáveres en descomposición.

Esto es otra cosa.



Está temblando de miedo. Siente nauseas, pero el miedo le impide vomitar, así como también le impide moverse.

No hay nada que pueda explicar este fenómeno de manera racional, al menos, racional desde el punto de vista científico. Esto desafía las leyes de la biología. Aquello ha regresado a la vida. Ha llegado del mundo de los muertos. En realidad, no lo sabemos, y talvez nunca lleguemos a saberlo. Porque mientras estemos vivos, la muerte y sus secretos se vuelven una esfera inaccesible, y solamente muertos podemos acceder a ella. Pero esta entidad logró cruzar esa esfera, y ahora está ahí, frente a Robert Morgan. Probablemente quiere venganza. Pues en vida fue violada, y ahora su cadáver también ha sido profanado.



La entidad comenzó a proferir un grito, similar a un chillido. Un tipo de eco que resuena por toda la instalación, y es lo suficientemente agudo para causar dolor en los tímpanos. Un sonido imposible de imitar con la boca humana.

Esto solo saca a concluir que esto no es humano.

Al menos, ya no lo es.

El cadáver comienza a moverse lentamente, con pasos torpes y pausados, acercándose cada vez más a Robert Morgan...



Las luces de las lámparas comienzan a centellar; parpadean al son de una melodía silenciosa. Afuera es de noche, y Morgan parece escuchar susurros a su alrededor. Sigue sin poder moverse, y no es porque el miedo haya paralizado sus sentidos. Él realmente quiere salir corriendo del lugar. Lo intenta, pero una fuerza externa se lo impide. Sabe que esta entidad sobrenatural, y horriblemente material, es la que provocaba ese influjo sobre su cuerpo.

Sus articulaciones se contorsionan, haciendo que sus extremidades se muevan al igual que los gusanos se retuercen sobre su pútrido cuerpo muerto, provocando una imagen en movimiento sacada de la más perturbadora película de horror jamás creada. Su cuerpo azulado parece brillar bajo las lámparas parpadeantes, y su ahora asquerosa boca sigue profiriendo aullidos siniestros.

Y en un instante repentino, la entidad le comenzó a hablar con palabras entendibles. Mientras estaba a escasos centímetros frente a él.

- ¿Por qué lo hiciste?

Su estado de confusión, al igual que su estado mental, es expresado a través de una mueca de asco, una frente arrugada, ojos entrecerrados y una papada palpitante. Era claro que Morgan no quiere seguir viendo esta escena. Pero hay algo más que un influjo sobrenatural y un horror absoluto, combinado con un



terrible asco; también está la corazonada de que jamás volverá a ver a su hermosa esposa; la esposa de la que se enamoró hace siete años...

Estas sensaciones combinadas provocan en su cuerpo unas fuertes convulsiones. Ahora él es un gusano que se retuerce en el suelo, viendo los pies azules del cadáver reanimado, y viendo como las luces del lugar se apagan, en una oscuridad total que dura un largo tiempo.

Tras prolongadas pesadillas durante su estado de coma, Robert finalmente despierta.

Con un sudor frío y gritando de dolor.

Se encuentra postrado en una camilla, en el interior de un hospital. Está desnudo y tiene el cuerpo expuesto. Se halla en un estado crítico. Su cuerpo tiene un aspecto repulsivo. Está repleto de poros, de los cuales brotaban pus y gusanos. Su piel se está pudriendo, por culpa de una severa necrosis provocada por el acto necrófilico que cometió en la morgue la noche anterior, al menos, eso es lo que han dicho los médicos.

Sus convulsiones son cada vez más frecuentes.

Se encuentra en plena agonía, siendo devorado por los gusanos.



Pasa varias noches en ese estado deplorable. Nunca esperó el dolor después del placer ¿Qué sabía él del lado oscuro de la naturaleza sexual? No sabía nada, y ahora espera la muerte después de su espantoso dolor. Las horas pasan, y de su cuerpo emana un olor a podrido. Ahora él también es un cadáver con vida.



Sus gritos de dolor se escuchan por todo el hospital. Grita cosas incoherentes que hacen referencia a una entidad incorpórea presente en la habitación en donde se encuentra postergado.

Pero en un plazo de horas logró tranquilizarse, pues ha llegado la esperada misericordia que tanto gritaba. Cierra los ojos para siempre y da su último suspiro.



Esta historia es estremecedora e incluso perturbadora.

Pero hay un detalle que la vuelve infinitamente peor.

Porque esa chica muerta, es la esposa de Robert Morgan.



**LA MALDICIÓN
DE LOS BUITRES**

La maldición de los buitres

Escuchaban el agitar de poderosas alas en la noche, y veían sombras espantosas que cruzaban las estrellas y se perfilaban contra la luna. Los niños comenzaron a desaparecer, y un día, un joven cazador se perdió en las colinas, sorprendido por la llegada de la noche. Y, en la luz gris del alba, un cadáver destrozado y devorado a medias cayó desde los cielos sobre la calle del poblado, y un retazo de risa inhumana, procedente de lo alto, dejó helados a los espantados testigos.

Alas en la noche - Robert Ervin Howard

He llegado al lugar en el que residió mi madre hace muchísimo tiempo. Las historias que narran los viejos dueños de las granjas sobre estas tierras, muestran una peculiaridad que nunca había escuchado sobre otros territorios del estado de Yucatán. Es un lugar corroído por los años. Un paraje solitario al que se llega cruzando una larga distancia, desde la orilla del cerro, atravesando una gigantesca arboleda, cruzando la esfinge y avanzando hasta llegar a un pueblo que ahora prevalece extinto.



Cuando se traspasa la gigantesca hectárea de árboles y matorrales, al otro lado de los páramos negruzcos en los que se expanden los pantanos muertos, se llega al valle en el que yacen los monolitos.

Piedras grotescas, que optan la forma de gárgolas de aspecto corrompido, no solo por el tiempo, sino por estar relacionadas con un extraño culto satánico de insondable antigüedad; un culto que perduró muchos siglos, según las historias de los viejos supersticiosos.

El lugar es llamado el *Valle de los Monolitos*. Probablemente el nombre fue otorgado por forasteros llegados del norte, o por los granjeros y agricultores de las granjas que se encuentran a la redonda.

Atravesando el *Valle de los Monolitos*, aparecen las primeras casas. Completamente en ruinas he invadidas por la maleza. Casas deshabitadas que datan de hace más de un siglo y que se están convirtiendo en polvo.

Es claro que los descendientes, de los pocos sobrevivientes, se han largado del sitio, o están envejeciendo y muriendo, quedando como un lugar en el que reina la oquedad y el silencio.

Las casas se extienden en una caminata prolongada, aumentando a la distancia. Estas edificaciones en ruinas conforman al pueblo. El lugar está aislado, deshabitado totalmente. Haciendo del silencio algo perverso que ha quedado



después del horror que se cernió en este lugar sin nombre. Porque el pueblo no tiene nombre.

El propósito que me trae aquí aún es confuso. No es que no tenga un propósito claro, sino que no tengo palabras claras para discernir aquello en relación a mi madre. La mujer que estuvo implicada en los horrores que sucumbieron al pueblo.

Se llamaba Agatha.

Era una mujer con adquisiciones peculiares otorgadas por nuestros ancestros; un linaje con un vasto árbol familiar, en que cada rama que este adquiría, nuevos rasgos se añadían en la ya escasa descendencia.

Yo soy el último vástago que queda de tan extraña estirpe.

En el pasado, el pueblo era un lugar fructífero. Se llevaba una vida apacible. Se obtenía buen alimento cuando la tierra era fértil. El ganado era saludable. Y abundaba la vitalidad propicia de un lugar plenamente rural, por lo que se



obtenía buena caza. Los residentes del pueblo vivían con tranquilidad; cada uno haciendo sus labores diarias y conviviendo como una comunidad armoniosa.

La casa que ella hospedaba tenía el mismo aspecto coloquial que el de todas las construcciones que se yerguen en el lugar. Pero desapareció cuando fue quemada, en aquel tiempo, cuando algo siniestro corrompió lentamente al pueblo y a todo el paradero remoto que lo circunda.

Todo comenzó el día en el que Agatha subió al peñasco, durante todo el otoño, y no regresó sino hasta el invierno, y, durante su ausencia, comenzaron a presentarse fenómenos extraños, que eran los inicios de la maldición.

Era una noche despejada, sin nubes y sin estrellas. La primera de las noches intranquilas del pueblo.

El apaciguamiento fue quebrantado por sonidos impetuosos que alteraron a todos los pobladores.



Procedente de los bosques al otro lado del peñasco, se escucharon horribles carcajadas; sonidos entremezclados, guturales y sonoros, que se percibían como las risotadas de algo colosal y perverso.

Y lo que se encontró al amanecer, fue la cumbre del horror que cayó en el lugar.

Decenas de animales muertos se hallaron esparcidos por los suelos; como las hojas de los Alpes que se esparcen durante el otoño. Sin embargo, sus cuerpos no mostraban ningún designio de muerte. No albergaban herida alguna, ni se encontró la causa del óbito presente.

Era como si en la noche se hubieran reunido para morir ahí, de forma silenciosa.

Esa anomalía hacía gala en el seno del fatalismo que abundaba en la mente supersticiosa de los pueblerinos, pero, a pesar de eso, decidieron pasar por alto la pinta fatal que aquello denotaba.

En todo el pueblo se hallaron cuerpos de animales de gran tamaño. Suficientemente grandes para albergar una basta proporción de carne. Todos estaban extasiados por la cantidad de comida que ahora tenían, al menos, los jóvenes, pues los viejos no presagiaban nada bueno para el pueblo.



No fue sino hasta una de las noches siguientes, cuando la incredulidad de los pobladores jóvenes se vio alterada por otro acontecimiento. Un suceso que comenzaría con los rumores sobre la llegada del demonio a los bosques.

Nuevamente se escucharon carcajadas. Múltiples risas que se unificaban formando un portentoso sonido estridente, que se alzaba con el viento. Y aunque todos estaban dormidos en la tranquilidad de sus hospicios, solo un anciano llamado Percy fue el que presenció al horror en persona.

Salió de su vivienda, en busca de leña para alimentar el fuego de la chimenea.

Caminaba meditabundo y somnoliento, recibiendo el fresco viento de la noche otoñal. Y cerca del gran peñasco, observó algo que se alzaba más allá de la altura de los árboles.

Una masa informe que se perfilaba ante el fulgor de las estrellas de la bóveda celeste.

Una oscura figura dotada de dos enormes cuernos. Con un aspecto profundamente bestial. Como un gigantesco macho cabrío, cuyo pelaje desafiaba a la negrura del cielo nocturno. Un ser que se sostenía en dos de sus pesuñas, alzando las otras dos patas en contraste con las estrellas ignotas; en un extraño baile blasfemo y maldito. Una entidad cuyo rostro sostenía una sonrisa siniestra, una sonrisa increíblemente inhumana.



Los buitres volaban hipnóticamente alrededor de aquella forma, mientras se reían horriblemente. En un ritual infernal, donde todo lo que era ajeno a él, se volvía irreal; como si lo demás fuera inexistente. El tiempo parecía detenerse, en un monótono silencio en el que solo se escuchaban esas risas. Risas profanas que envolvían al ritual en una amalgama de locura cósmica.

Todo, frente a los ojos del pobre anciano Percy.

Al amanecer, el viejo fue encontrado fuera de su vivienda. Se le halló gritando cosas estremecedoras, en un estado deplorable de locura abyecta, y con un terrible miedo reflejado en toda su humanidad. Las cosas que gritaba, horrorizaron a todas las personas del condado. Estas palabras fueron narradas por un hombre completamente loco, mientras mostraba un extremo terror en toda su expresión.

<< Estamos condenados desde la creación del mundo. Ellas, hijas de Lilith, le han adorado desde que brotaron de la humanidad primigenia. Todo lo que está escrito es falso. La existencia del Dios conocido solo fue un invento para soportar la endeble realidad que se desata en el vacío eterno. El dios con cuernos y pesuñas gobierna entre las tinieblas de lo existente y de lo inexistente. Me lo ha contado. Me lo ha mostrado todo. ¡Estoy maldito! ¡Estamos malditos! >>



Durante el atardecer de ese extraño otoño, el viejo Percy subió a la arboleda.
Para colgarse y acabar con su vida.

Los rumores se extendieron como la plaga.

Todos hablaban de la presencia de satanás en lo profundo de los bosques.

Con un temor supersticioso, quemaron los alimentos. Porque lo habían relacionado con lo que presencié el viejo Percy.

Un viejo dueño de las granjas ahora decadentes, me dijo que el alimento era más como una ofrenda. Una ofrenda que se le fue entregada a la gente del pueblo. Porque después de haber quemado tal alimento, la vida en todo el paraje comenzó a corromperse.

Los animales de las granjas comenzaron a enfermar. Se les encontraba muertos, con horribles malformaciones en sus fisonomías. Sus cuerpos otorgaron un aspecto enfermizo y espeluznante, quedando como despojos de carne pestilente, con un aspecto de severa corrupción, perdiendo así sus aspectos originales.



Los pantanos obtuvieron un color negro. Sus aguas se pudrieron, quedando como un líquido espeso y ennegrecido. Toda forma de vida que habitaba en ellos comenzó a declinar, y así los pantanos murieron.

Y de ellos, emanaba un olor nauseabundo. Un olor fétido. Algo malsano ajeno a esta tierra. Un olor que todavía se percibe como recuerdo de los horrores que dieron lugar hace más de cien años.

El sembradío y sus cosechas marchitaron. Los árboles se veían enfermos, y comenzaron a secarse. La tierra se volvió infértil. Las plantas que quedaban también murieron, incluyendo los matorrales.

Ya no tenían comida para pasar el invierno. Ni siquiera era posible cazar en la arboleda, porque los animales habían desaparecido mucho antes de que el viejo Percy presenciara aquello que habita al otro lado del risco.

La desesperación fue lo que llegó con el invierno, al igual que el hambre y el delirio. Todos estaban hambrientos.

Esas gentes pensaban que la culpa era de aquella mujer que subió al peñasco durante el otoño.

Y así comenzaron nuevos rumores.

Comenzó a decirse que Agatha era una bruja.



Creían que ella había maldecido al pueblo después de que quemaran los alimentos que les había entregado.

En un acuerdo mutuo, en una medida desesperada por intentar acabar con una supuesta maldición, decidieron desterrarla. En un paroxismo de locura colectiva, todos los residentes del condado se reunieron en torno a la vivienda en donde Agatha se hospedaba; y quemaron su casa hasta los cimientos.



Más allá de las casas en ruinas se encuentra el peñasco. Un enorme sendero empinado lleno de montículos y piedras. Un risco bastante alto, al que se asciende con una gran caminata que se vuelve tardía y dificultosa, para solo volver a descender de la misma manera, lo que conllevaría a un día de caminata prolongada.

Una vez que se cruza el risco, se llega a los bosques que se extienden más allá de lo que la mirada puede alcanzar. Bosques profundos, en los que sus viejos árboles milenarios aún perduran. Y en las grandes y gruesas ramas de sus copas, se hallan las osamentas de lo que antes eran hombres.

Huesos que pertenecieron a hombres cazadores. Hombres que hace un siglo habitaban el pueblo que se encuentra al otro lado; quienes, durante la etapa de



hambriuna de aquel invierno, habían subido al risco para buscar comida en los bosques.

El hambre es más fuerte que el miedo.

Sin embargo, eso no impidió evitar que enloquecieran como lo había hecho el viejo Percy, cuando vieron aquello que habitaba en estas tierras. Algo que con mucha seguridad sigue estando aquí, así como los árboles viejos aún siguen estando después de mucho tiempo; silenciosos, susurrando sus oscuros secretos al viento...

Habían decidido ir a los bosques en busca de alimento.

Era la única alternativa que les quedaba, porque los bosques eran los únicos que rebotaban de vitalidad. Aunque ellos sabían perfectamente que esos lugares eran el territorio del mismo satanáas, decidieron llevar a cabo tal empresa.

Subieron al peñasco alrededor de cincuenta hombres cazadores. Ellos sabían que iban a demorar mucho tiempo. Y aunque temían que llegara la noche, durante el atardecer, cuando el sol se ocultaba dejando vislumbrar una franja de azul pálido en el cielo del primer día de invierno, ellos seguían avanzando con premura y apresurados pasos.

Sabían que corrían un gran peligro una vez llegada la noche.



Un peligro que se cernía sobre sus propias almas.

Pasadas unas horas, el cielo obtuvo una espesa negrura. Las estrellas se mostraban alineadas en la constelación de capricornio. Una luna espectral asomaba en el cielo con estrellas de aquella noche; una luna sepulcral en su máximo cenit, que bañaba a los bosques con su pálido resplandor. Se escuchaba el sonido de los coyotes y el sonido de los insectos, que se mezclaban con los susurros que vagaban por el viento; un viento gélido que meneaba las copas de los árboles, provocando que sus sombras, proyectadas en el sendero que se habría paso entre ellos, se observaran grotescas y danzantes, como demonios de la noche en un ritual silencioso.

Sensaciones de temor los envolvía. Aunque estaban decididos en buscar alimento y llevarlo al pueblo lo antes posible.

Ellos tenían hijos y esposas que alimentar.

Avanzaban por el camino que abre paso entre los árboles. Todos observaban a cada costado, buscando un lugar adecuado para acampar, y así poder esperar al día siguiente para iniciar con la caza y la recolecta de frutos silvestres. Sin embargo, ya estaba proclamado que no volverían a ver el amanecer, desde que empezaron a descender el risco.



Desde las alturas, como llegado desde la negrura del cielo de aquella noche sombría, comenzaron a escucharse esas perversas risotadas.

Los hombres entraron en pánico. Disparos resonaban a la luz de la luna. Gritos de desvaríos se escuchaban hasta la penumbra. Hombres horrorizados se hallaban ante mujeres transformadas en buitres.

Como en una danza macabra en medio de la lúgubre noche, volaban en círculos las espantosas aves. Aves gigantescas de aspecto sumamente horrible. Algo que trata de ser comprendido y que se capta como un sinsentido, generando una visión perturbadora. La imagen de aves con aspecto humano. Un sinsentido de la forma. Una burla de la naturaleza. La forma de una mujer mezclada con la forma de un ave carroñera. Mezcla de lo humano y lo bestial. Algo que se torna ajeno a los conceptos de la fisiología concebidos.

Los acontecimientos que precedieron, dejaron una marca tangible, creando así un panorama de muerte que hasta hoy prevalece. Lo que sucedió después, fue algo horrible que causó la muerte agónica de todos esos hombres.

Tras una fuerte agitación del viento, las aves descendieron hacia ellos, raptándolos y llevándolos a las copas de los grandes árboles. Y en un festín desenfrenado, devoraron su carne a picotazos, haciendo que sus gritos de agonía



se alzarán hasta el cielo, en donde la luna y las estrellas los escucharon con gran regocijo.

Los huesos que anteriormente pertenecieron a ellos aún siguen aquí después de mucho tiempo. Como vestigios que quedaron de aquella masacre. Como única evidencia de lo que aconteció en la noche de hace más de un siglo. Así pues, al no regresar los hombres al pueblo, el hambre mató lentamente a todos los pobladores...

Lo mismo que mató a toda forma de vida en el paraje, también los había tocado a cada uno de ellos. Porque rechazaron los ofrecimientos del dios de los bosques: el creador de todo el universo que expande en la negrura del vacío eterno.

Y una maldición fue traída por los buitres, las mujeres brujas que le sirven y adoran desde que la humanidad era joven.

Todos murieron dentro de sus hogares.



Algunos gritaban en los días en los que aún tenían fuerzas para hacerlo, después, sus gargantas se durmieron, al igual que sus fuerzas.

Varios intentaron hacer actos de canibalismo, pero sus cuerpos poseían lo mismo que acabó con los animales del ganado, lo mismo que acabó con las cosechas, lo mismo que acabó con la vida en la arboleda, lo mismo que mató a los pantanos...

Sus cuerpos estaban malditos, con la maldición que los mató en el invierno de hace más de un siglo.

Y no quedó nada de sus vestigios.

Agatha había regresado al lugar.

Pero había llegado con un cambio.

Ella ya había dejado de ser humana al igual que sus acompañantes.

Demonios llegados del averno. Las mujeres brujas que le han rendido culto a satanás durante eones incalculables habían llegado al pueblo en forma de gigantescos buitres; liderados por Agatha, la nueva reina del culto, quien había sido elegida por ciertos rasgos característicos de su familia.

Y como las aves carroñeras en las que estaban transformadas, entraron en todas las viviendas.



Para devorar a los pobladores muertos.

Los dueños de las granjas se encuentran lejos de los parámetros del pueblo son descendientes de los únicos sobrevivientes, que eran los que residían fuera del lugar en donde cayó la maldición.

Cuando ellos se enteraron de los acontecimientos que rigen las leyendas del lugar, erigieron una ofrenda en veneración al dios que se oculta en los profundos bosques detrás del gran peñasco.

Es así como crearon el Valle de los Monolitos, en donde se erigen esas piedras en forma de gárgolas, o que al menos aparentan ser gárgolas por sus aspectos siniestros.

Porque en realidad son la representación fidedigna de los perversos buitres que aún carcajean durante las noches.

Y este es el valle que da la bienvenida a las ruinas del pueblo.

Todo esto aconteció hace ya muchos años.



He aquí todo lo que realmente pasó en estos lugares ocultos. Lugares que se encuentran malditos por lo que mora en los bosques.

Pero he de decir que no todo lo que fue narrado aquí me lo contaron los viejos. No, ellos solo me contaron lo que les susurraron sus padres en una época lejana. Y gran parte de lo que ellos sabían no era del todo cierto. A mí la historia real me la contaron mis familiares.

A mí me la contaron los buitres.

Ahora estoy en el lugar en donde habitan todos los que precedieron antes de mí.

En aquella vasta familia purasangre que data desde épocas milenarias.

En ese momento, Elena vislumbró a lo lejos a una enorme legión de enormes buitres.

Comenzó a caminar en dirección a ellos mientras se desnudaba.

Aquella hermosa mujer alta, de piel blanca y risos pelirrojos, caminaba desnuda por el prado que se habría paso entre los enormes árboles milenarios.

Mientras su cuerpo obtenía un cambio.



Su espalda se encorvó en una gran joroba. Su cabeza quedó colgando, para que después su cuello se alargara y su cara se deformara. Sus manos desaparecieron, y sus brazos optaron una apariencia repulsiva. Sonidos guturales salieron de su nueva garganta, y unas singulares plumas de colores opacos comenzaron a brotarle de su nueva piel arrugada.

Y es así como Elena se había transformado en un buitre, al igual que todos sus ancestros, quienes aún permanecen con vida; los mismos que la nombrarían la nueva reina del culto...

– Allá voy, madre.



**LEVÁNTATE
GRAN SEÑOR**

Levántate gran señor

Debo relatar con la más posible brevedad ciertos acontecimientos que me condujeron a este deteriorado estado mental de extremo nerviosismo. Acontecimientos, de los cuales, también ocasionaron que me mandaran a un tribunal, como sospechoso de una cadena de asesinatos de los cuales creen que soy el único testigo.

Toda esta mierda de sucesos comenzó en un día que se atestiguaba normal, al menos lo consideraba normal según mis años de experiencia. Pertenecía al ejército mexicano como piloto aviador; en aquella ocasión, estaba preparándome para una misión que me habían asignado.

La misión consistía en trasladar de Estados Unidos a México a dos personas importantes: Un extranjero que era un inversionista de vinos exóticos, y a un embajador mexicano, que supuestamente venía de uno los estados adyacentes de la provincia de Veracruz.

Había ciertas malevolencias elocuentes que giraban en torno a la identidad de estos personajes, ya que tanto sus nombres como sus rasgos característicos, o cualquier otro dato referente a estos sujetos, me eran parcialmente desconocidos, pues no me revelaron nada sobre ellos mis superiores. He incluso



debo añadir que mis superiores me prohibieron estrictamente hablar con esas personas. Todo esto iba en contra de los protocolos a los que estaba acostumbrado desde hace mucho tiempo, pero dadas las circunstancias, no me quedaba de otra más que obedecer estas órdenes, aunque constituyera a ideas descabelladas sobre algo que olía a estado de corrupción en lo que rodeaba a la misión que me habían asignado para ese día.

Me encontraba en la pista de vuelo, junto a la avioneta ya preparada para incursionar los aires tranquilos de aquel día de primavera.

En la lejanía, apareció un grupo de hombres que se acercaban. Cuatro hombres formalmente vestidos se aproximaban.

Los cuatro sujetos no me dirigieron palabra alguna, solo subieron por la trampa, hacia la escotilla, y se colocaron en sus lugares respectivos.

Debo poner énfasis en la confusión que me embargaba, pues, aunque todo aclamaba ser un simple traslado apresurado y sin contratiempos, es meramente un probable ejemplo de que la apariencia es engañosa. En ello había algo más que solo factores superficiales, y mucho más aún que simples sensaciones adjudicadas a una nueva forma de llevar las cosas, en eso que nosotros los soldados denominamos como “protocolos”. Pero a pesar de esas nuevas sensaciones surgidas, me adentré en la cabina de control.



Mientras me ocupaba en revisar las coordenadas y los controles, al otro lado de la cabina, a través de la escotilla que separa al piloto de los tripulantes, observé algo singular en el saco de uno de los hombres. No se distinguía del todo, pero era lo suficientemente pintoresco para conjeturar que era un arma detonante.

Logré ver un conjunto de cables en el que destacaba un gran punto rojo, conectado a otro conjunto de tonalidades azuladas.

Al principio creí que simplemente había mal interpretado las cosas, como producto de la imaginación de mi mente nerviosa; ahora estoy seguro de que eso fue el origen de los hechos precedentes.

Aunque fue una visión fugaz como quien dice que alguna vez vio algo por el rabillo del ojo, eso me puso más nervioso de lo que ya estaba. Fue en ese momento cuando sentí la premonición sobre un peligro físico inminente.

Había iniciado el vuelo en dirección a la frontera sur, partiendo desde la región noroeste del país, desde las tierras tropicales de Baja California. El vuelo inició a las primeras horas del día. A medida que avanzábamos, el transcurso del tiempo parecía bastante lento.

A medio día ya estábamos a mitad de la república, volando sobre los hermosos valles del estado de Guerrero, cerca del Pacífico.



Estaba concentrado, al mando del control de la nave. Mi temperamento me mantenía al margen de las circunstancias, y me encontraba preparado para un posible acto, que, según mis cavilaciones, tendría que ser producto de alguna organización criminal que se dedicaba al narcotráfico.

No sé si mis conjeturas eran ciertas, eso nunca lo sabré. Lo cierto es, que uno de esos hombres estaba por hacer explotar la avioneta, tratando de matar a cada uno de los que estábamos a bordo. Una nueva preocupación perpetuó en mis jodidos cabales, asociado a un pensamiento respecto en donde se encontraba ubicado el hombre de los explosivos. Temía que se encontrara lo suficientemente cerca de la cabina de control para que la explosión me alcanzara antes de poder escapar; aunque esto sería idiota de su parte, porque a los otros sujetos les daría tiempo de lanzarse antes de que la avioneta se estrelle, al menos, que yo fuera al que quería (o requería) matar. Tras este pensamiento, surgieron muchos otros, ¿Qué tan grande iba a ser la explosión? ¿Aquel sujeto pensaba suicidarse? ¿O el saco en donde llevaba los explosivos lo iba a dejar en la avioneta, y escaparía mientras el reloj gira en retroceso para detonar la carga? ¿Realmente yo iba a sobrevivir? ¿Realmente yo iba a morir? Llevaba estos pensamientos durante todo lo que duró el transcurso del viaje, si es que se le puede llamar viaje a ese vuelo repleto de calamidades.



Transcurridas unas horas, me percaté de que ya estábamos cerca de la península de Yucatán. Estábamos muy cerca de las orillas del Golfo. Sobrevolando una vasta arboleda; cerca de grandes cerros que se alzaban burlescos en sus esfinges.

El desasosiego era latente en el seno de mi descabellada intuición, que lamentablemente era correcta, dando lugar a un impulso de sobrevivir meramente en el acto. Pues pude prever la acción relativa de susodicho criminal al dejar aquel saco dentro de la avioneta, y verlo saltar por la compuerta. Pero lo que el planeaba no era matarnos con la explosión, al menos no a los otros tres que quedaban en sus asientos, pues a ellos los encontré muertos y con una sangrienta marca justo en la frente, que era sin duda la huella del impacto de un arma de fuego. Lo que aquel desgraciado planeaba, era acabar con la evidencia, haciendo explotar la avioneta junto con el piloto.

Tras un breve vistazo a la escena criminal, me coloqué el paracaídas, y corrí a la compuerta, para lanzarme; evitando acabar muerto como esos tres desdichados hombres.

Fue casi un golpe de suerte que yo sobreviviera, al menos es lo que suponía en aquel momento, mientras descendía a tierra abierta. No sé qué es lo que ustedes consideren suerte, pero ahora prefiero estar muerto y dejar atrás todos estos



pensamientos que rondan mi mente. Quiero olvidar cada eventualidad que se suscitó después de aquel descenso.

Gracias a la bifurcación del viento, me adentré en lo profundo de una extensa arboleda, en dónde, enormes árboles viejos y llenos de extraña vitalidad, se expandían hasta donde alcanzaba la vista.



Era ya de noche cuando abrí lentamente los ojos. La borrosidad de la imagen iba desvaneciéndose. A mis oídos llegó el clamor de un continuo tam tam, acompañado de cánticos en una lengua extraña. Me hallaba postre del aturdimiento, en un estado de seminconsciencia que me hacía percibir vagamente lo que estaba pasando. Sentí el cuerpo entumido. Estaba amarrado a un gran poste de parda madera, con las extremidades atadas por detrás de la espalda.

Entorné mi mirada a la enorme fogata centellante que se agazapaba frente a una enorme y grotesca estatua, y en torno a esta, seres prehumanos danzaban salvajemente.

No encuentro un adjetivo adecuado para referirme a esos seres, cuya naturaleza desafiaba a la evolución humana. Cada que recuerdo sus aspectos,



me estremezco ante la idea de presencias horriblemente primitivas que aún prevalecen ocultas en los lugares inexplorados del actual mundo.

El horror se vio engendrado en toda mi existencia, pues al presenciar ese siniestro ritual, la existencia misma se volvía algo fuera de mi entendimiento.

Bailaban en una locura abyecta, en un baile terriblemente blasfemo.

Albergaban una estatura superior a los dos metros, producto de sus largas extremidades. Tenían una musculatura anormal, y se movían como lo hacen los grandes monos; con una inteligencia pusilánime a lo que estaban llevando a cabo. Sus rostros reflejaban la estupidez más perversa, carentes de expresividad alguna; con grandes ojos oscuros, narices chatas y labios abultados. Y su piel... su piel era increíblemente roja.

Cantaban y daban alaridos. Bailaban, saltaban y daban cabriolas. Un círculo rojo danzante que palidecía ante la luna gibosa y las estrellas ignotas; en cuyo centro se alzaba una enorme estatua, alumbrada por un fuego malsano.

La aparente estatua era una deidad olvidada hace ya muchísimo tiempo. Un ser de aspecto descarnado, que se postraba como una osamenta teñida de sangre, en cuyo cráneo una gran corona de media luna le adornaba. Se hallaba sentado en un bloque de piedra con jeroglíficos grabados en toda la superficie de sus



cuatro lados. Cadáveres se extendían a su alrededor, como dádiva de los seres que lo adoran.

Sabía lo que representaba la titánica imagen. Había escuchado leyendas que los indígenas de las montañas susurraban acerca de los adoradores de Mictlantecuhtli, el dios de la muerte. Sin embargo, creía que tales aborígenes eran inexistentes.

Estaba confundido. Lo último que recordaba era haberme adentrado en una gran arboleda. Me he de ver golpeado en uno de los árboles, y hasta ese momento desperté después de un desmayo de largas horas. Ellos me encontraron de casualidad, y me condujeron ahí con intenciones que aparentaban más que hostilidad.

Pensaba en una forma de librarme de mis ataduras. Buscaba a tientas mi cuchillo, que afortunadamente, aún permanecía conmigo. No sabía de qué material eran las cuerdas que se entrelazaban en mis muñecas, pero pude cortarlas luego de un gran esfuerzo.

Una vez hube roto las cuerdas, permanecí en el mismo sitio en el que me habían dejado. No quería correr el riesgo de que me vieran salir corriendo. Me seguirían una vez me hayan visto. Nadie mejor que ellos conocía el bosquejo que me rodeaba. Se desplazarían por los árboles con gran facilidad, y me



acorralarían. Debía esperar que de alguna forma todos se distrajeran para poder escapar.

Estaba muy agitado, pero me contuve. El espectáculo que se desenvolvía frente a mis ojos era enfermizo, pero mi temeridad de soldado me seguía manteniendo a raya del acontecimiento. Permanecí sereno, y quieto, como los árboles que me rodeaban.

Tenía la cabeza agachada, bajo objeto de verme aún inconsciente. Permanecí durante un buen rato en la misma posición, realzando la vista de vez en cuando; en busca de posibilidades de escape; en espera de una distracción factible.

Las figuras continuaban danzando. El clamor era continuo, con monótono frenesí en el espíritu de aquellos quienes sus vidas eran sustancia de lo salvaje y lo primitivo. Y aunque mis conocimientos antropológicos eran efímeros, se con certeza que jamás se ha hablado de alguna civilización antigua que optara una naturaleza así de macabra, ni mucho menos de seres que desafiaran tales aspectos fisiológicos con los que nosotros estamos dotados.

Y la prodigiosa figura que se alzaba como esperpento divino...

Hay ocasiones en las que no logro conciliar el sueño, por el recuerdo del rostro de esa terrible deidad. Burlón y sonriente, bajo el manto del gran fuego centelleante, rodeado de un sangriento ornamento, y siendo adorado por una



tribu cuyo culto ha sobrevivido al devenir de las eras. Como perdido en un sueño, en una fantasía escabrosa entre lo mortal y lo divino. Recuerdo como danzaban, como movían sus repulsivos cuerpos al son de letanías profanas, venerando al gran señor de los muertos.

Sin embargo, todo lo que ya he dicho no era más que el escenario para aquello que me ha marcado la mente y el espíritu. Todo en lo que creía se vino abajo ante fuerzas que los hombres actuales aún no hemos podido comprender.

Existen cosas, que los mitos hacen perdurar, y que las leyendas extienden como algo verídico, mientras que las objetividades de las ciencias materialistas tachan erróneamente de simples fantasías producto de mentes prosaicas y rudimentarias. Pero tengo el temor de que todas esas cosas que hemos olvidado se levanten en el día en que la humanidad llegue a su declive, y que nos hagan comprender de nuestras inexactitudes y falsas filosofías.

El redoble de los tambores dejó de emitirse. Se detuvo la danza, y la quietud afloró en ellos. El silencio era tal, que pude escuchar el crujir del fuego y el soplar del viento. La atmósfera había optado un cambio, esa siniestra tranquilidad propia de... los muertos...

La tensión del ambiente era espantosa. Fue en ese momento cuando caí víctima del presentimiento de ser observado, de estar siendo objeto de algún plan



malsano para ofrecerme a su gran señor de la muerte. Pero con la misma brevedad con que vino ese pensamiento, se quebrantó a la llegada de un terrible grito de agonía.

Ante mi mirada, y ante la mirada de todos los que se hallaban postrados en torno a la horrible estatua, un hombre estaba siendo desollando.

La carne era desprendida por el largo pedernal, revelando el contorno brillante y escarlata de la piel viva, del tejido empapado de sangre. Los gritos se alzaban hasta el cielo opaco de la lúgubre noche, y las arrugas de su rostro reflejaban el más espantoso sufrimiento.

Y antes de que su rostro fuera desprendido, pude reconocer al hombre. El mismo que hizo explotar mi maldita avioneta.

Eso fue lo último que vi cuando emprendí la carrera. Corrí y corrí cuanto pude, en una agitación en gala de mis terribles sensaciones. Ver aquello me ha marcado de por vida. Pero no solo fue el hecho de ver como torturaban y asesinaban a un hombre, sino lo que vi cuando me volteé en mira de lo que pasaba a mis espaldas; y ante esa breve mirada, la estatua comenzó a levantarse



del trono, mientras la sangre de lo que antes era un hombre se derramaba sobre él en profusa vertiente.

Y el dios se levantó, profiriendo carcajadas cavernosas.



**EL GRAN
FUNERAL**

El gran funeral

Miro a través del gran ventanal, en uno de esos grandes edificios construidos por una civilización que se ha perdido. Observo la basta desolación que ha quedado después del gran cataclismo; una de las tantas ruinas de lo que antes eran bellas ciudades.

Suspiro ante el recuerdo de una humanidad que creyó haber cambiado, y que se disponía a formar un futuro de utopía ajeno a ideas materialistas. Pero su propia destrucción fue tan repentina, tan extraña incluso para los de mi propia estirpe.

Y ahora solo quedan recuerdos de la especie que una vez fue nuestra enemiga.

Una lucha entre naciones fue lo que comenzó con su tercer gran combate. Naciones de oriente y occidente se atacaban con armas que hacían desaparecer a los pueblos. Los grandes reyes tiranos querían el poder de alzarse en la cúspide de un gran imperio, del mejor de los que hubiera en todo continente. Se atacaron con oscura villanía, sin importarles la vida de aquellos a los que gobernaban. Ambos bandos crecían, y se atacaban con sumo coraje.

Nosotros, ocultos en los confines de la tierra y alejados de los hombres, nos dimos cuenta que algo andaba mal con el mundo. Un día las aves



desaparecieron, el agua de los mares se volvió negruzca y espesa, los días se tornaron opacos, hasta que el sol quedó oculto entre un cielo compuesto de nubes negras. En el ambiente había algo peor que la maldad que nos compone a nosotros los vampiros, algo que solo el hombre era capaz de generar con su egoísmo y sus artes de destrucción.

Después de miles de años, salimos de nuestros lúgubres recovecos. La ausencia de la luz del sol era lo único reconfortante en los nuevos paisajes que se tornaban en pálidas flores muertas. El mundo ahora era un completo desastre. Los hombres habían creado el infierno que tanto temían, y se dieron cuenta que eran peor que los demonios de sus religiones.

El olor de la sangre derramada en el combate nos atraía en grandes legiones. Nos volvimos más fuertes, y disfrutamos de la agonía de aquellos que ahora más nos temían. Había algo en su conciencia colectiva. Ya no eran supersticiosos como lo eran hace miles de años, y ahora enloquecían fácilmente ante los horrores que ellos mismos desataban con sus armas.

La tierra bramaba ante sus armas destructivas, y grandes montañas de fuego se alzaban más allá del cielo. Las cenizas caían sobre los suelos infestados de cadáveres calcinados. Y pájaros de acero masacraban a la muchedumbre que huía inquieta y pavorosa.



La gran batalla los exterminó a todos con el devenir de los años. Todo fue tan rápido, como el cambio de posición entre el sol y la luna. Todo fue tan indiferente a las pasiones humanas, que incluso la frialdad de nuestra funesta naturaleza vampírica se estremece al recordar el pandemónium que les dio fin a nuestros humanos adversarios.

Tanto tiempo estando dentro de nuestras antiguas madrigueras, que no nos percatamos de sus innumerables cambios. Ellos nos eran igual de misteriosos como nosotros lo fuimos para ellos. Eran seres malvados con objetivos confusos, cuya civilización decayó por culpa de sus malas organizaciones sociales.

Sus armas se volvieron insignificantes ante nuestros cuerpos inmortales.

Simplemente, contemplamos cómo se mataban entre ellos.

Nos postrábamos con nuestras grandes alas negras sobre las montañas cadavéricas, mirando las expresiones de horror de los soldados heridos. Gritaban, mientras en vano intentaban escapar de nosotros, y lanzaban plegarias de perdón a un dios que siempre se burló de ellos.

Una vez clavados nuestros dientes en sus precarias gargantas, los dejábamos morir para que no se volvieran uno de nosotros. Así matamos a los que quedaban. Nos alimentamos de su miedo, de su dolor y de su sangre. Y lo



maldito que hay en los míos hizo que nuestra dinastía se alzara por encima de todo ser humano.



Recuerdo esas épocas donde nosotros fuimos perseguidos por la llamada Santa Inquisición. Quemaban en las hogueras a los pocos que nos veneraban, y buscaban la forma de destruirnos con ayuda de su estúpido dios. Los cautivábamos con nuestra falsa belleza para burlarnos de ellos, y convertíamos a sus semejantes en parte de nuestro legado.

Comenzamos a optar su apariencia, y así se nos era más fácil engañarlos. Nos hacíamos pasar por ellos, y así acumulamos riquezas. Fue así como la mayoría de nosotros nos convertimos en condes. Nuestra supremacía la mantuvimos oculta, mientras esperamos que la Santa Iglesia decayera por usar a su dios en problemas banales.

Sus catedrales han sido quemadas con blasfemia y devoción al diablo. Todo vestigio de su gran religión ha sido destruido. Hemos cambiado la posición del sol con ritos de magia antigua, y ahora, el mundo se halla en eternas tinieblas.



Convocamos a los espíritus malignos de la noche. Estamos felices por la nueva era de oscuridad que hemos creado. Los animales nos ofrecen gustosos su sangre para poder beberla.

Hemos dejado atrás nuestros disfraces humanos.

La verdadera naturaleza del vampiro es ahora la que lleva acabo el funeral que conmemora a los muertos que yacen bajo las ruinas de lo que antes fue una poderosa especie, y que ahora se encuentra en la pulcritud del silencio, mientras es devorada por las alimañas que se arrastran en la tierra.

Los lobos aúllan con toda magnificencia, y las aves cantan letanías que jamás cantaron en presencia del ser humano. Los árboles se alzan en hermosos bosques que se extienden más allá de la rivera, y los seres necrófagos han salido de sus moradas, para acompañarnos en esta noche diurna.

El mundo nos pertenece, y somos nosotros los que construimos la nueva necrópolis que acobia a nuestra grotesca estirpe.



Los pocos humanos que sobrevivieron al gran cataclismo, quedaron con severas discapacidades, después de que los hongos colosales de humo y ceniza cayeran sobre ellos. Ahora los niños deformes se arrastran en el fango putrefacto de sus



antepasados. Los hijos de estos sobrevivientes se han convertido en algo que, incluso a nosotros, nos da asco tocar; son peores que las larvas que se arrastran en los cuerpos de sus madres muertas, peor que el aliento de los *ghouls* y peor que aquello en lo que se ha convertido la historia de su raza.



Me gusta el sonido que hace el viento cuando zarpa entre las cavidades de los edificios caídos. El sonido hueco de algo inaudito se eleva hasta la cúspide en la que me hayo meditando acerca del pasado. Bien decían los humanos que nosotros nos aferramos al pasado; siempre tratamos de que vivan los recuerdos de lo ya acontecido, incluso si en ellos hay odio por parte de nosotros los no-muertos.

Recordamos incluso nuestras vidas antes de convertirnos en lo que ahora somos. Por mi parte, recuerdo cuando me uní a los turcos en sus batallas, y el gran emperador Vlad me otorgó el cargo de comandante de su tropa imperial, mucho antes de que él se convirtiera en el más poderoso de entre los vampiros. Después, su maldición se esparció más allá de los carpados, y todos nos envolvimos en una maldad propia del que mora en el averno.

Fue la época de nuestros orígenes. Eran años agitados, en el que los hombres eran más valientes y valerosos, capaces de enfrentarnos a capa y espada. Nos



temían, pero nosotros también les temíamos a ellos. Se imponían contra nuestro impulso de cazar, de movernos contra el viento a la luz de la luna para beber sangre y raptar recién nacidos, de blasfemar y hacer de nuestros cuerpos rituales de lujuria y erotismo. Se defendían bajo el yugo de un dios que es igual de malvado que nuestro amo y señor Satán, con ayuda de cruces y estacas de madera. Se protegían detrás de sus grandes templos, y planeaban a la luz del día. Sin embargo, nosotros aprendimos cada uno de sus trucos. Nos adaptamos, y así logramos mezclarnos entre los suyos.

Procreamos, y nos volvimos más numerosos. Los que tenían apariencia de mujer, sedujeron a hombres de grandes riquezas, los transformaron en vampiros y sus bienes se sumaron a los nuestros. Éramos, y seguimos siendo la más grande de las hermandades.

Comprábamos propiedades en los más inhóspitos parajes, haciéndonos pasar por personas de la alta clase. Hacíamos trato con los piratas negros del caribe, quienes nos veneraban por creer que nosotros éramos los mensajeros de sus extrañas deidades. Yo me transportaba entre los grandes barcos mercantiles, acompañado de todas mis inversiones que antaño eran botellas de vino de la más valiosa elaboración, y las vendía ante las puertas de las personas más poderosas del Reino Unido. Fue así como en una década me hice de muchas



propiedades, y hasta logré erigir un castillo, oculto en los frondosos bosques de Inglaterra y decorado a la par de la era Victoriana.

Todas esas construcciones fueron derribadas cuando las grandes bolas de fuego golpearon contra el suelo. Todo se transformó en ruinas; ruinas consumidas por las llamas malsanas.

Sabemos que nosotros aún prevaleceremos cuando toda esfinge se desmorone, así como lo hicieron los emperadores estigios con su magia negra que resucita a los muertos, y así como aún prevalece el arte humano cuyo destino hemos logrado salvar.

La especie humana jamás aprendió de sus errores cometidos en el pasado. Seguían sus impulsos más ignorantes, incluso cuando ya eran una civilización avanzada.

Su egocentrismo hizo que ellos mismos se mataran, otorgándonos el mundo, a nosotros los vampiros,

para poder restaurarlo a lo que antes era,

y a lo que ahora, nuevamente, es,

y seguirá siendo,



con el devenir de los nuevos milenios,

que establecen este gran funeral a los amados muertos...



**CONSPIRACIÓN
GATUNA**

Conspiración gatuna

Para el joven Daniel, era ya algo acostumbrado el hecho de que su gato siempre le dejara los restos de los animales que cazaba. Casi siempre, en la entrada de su departamento, afuera, en el balcón, Daniel encontraba algún animal muerto. Frecuentemente, su gato le dejaba alguna rata u algún ratón. En otras ocasiones, encontraba algún ave muerta, desplumada, con la cabeza desprendida, mostrando las entrañas mordisqueadas. Y también tiene el recuerdo de haber encontrado una serpiente, con el cuello roto y ensangrentado, y un murciélago mutilado cual escena macabra.

Daniel consideraba aquello demasiado normal. Para él, era una muestra de afecto y consideración por su pequeña y graciosa mascota. Lo que para muchos sería algo molesto y repulsivo, para él era algo maravilloso, que demostraba una conectividad con una criatura hermosa que él apreciaba con demasía. Pero, lo que ha encontrado esta mañana, al abrir la puerta que da al balcón, es algo fuera de lo común en su rutina, y en la vida misma, dado lo extraño y lo sombrío de tal descubrimiento. Porque ahí, en el lugar de siempre, había un dedo humano.

El problema no era solo la naturaleza que aquello implicaba, sino el aspecto de dicho dedo amputado; porque se mostraba fresco, con el color aún natural, como designio de un desprendimiento prematuro de tal extremidad. A parte de su



frescura, la coronilla de oscuro escarlata no se mostraba como algo hecho por un objeto cortante, sino que, en lo que cabe es lo visto, en lo aprendido por la experiencia, en los demás obsequios de su gato, es que tal parte del dedo mostraba las marcas de pequeños dientes felinos.

Ahí estaba, sobre el suelo, un dedo, tal cual, reposando como una pieza perdida de algún desafortunado. Una escena demasiado grotesca, curiosa, extraña he intrigante, en toda la ancha expresión de estas palabras designadas.

Daniel se llevó una fuerte impresión al ver tal cosa en la entrada del balcón de su departamento. Una escena que repasó en una larga serie de especulaciones, de las cuales, cada una de ellas, resultaba demasiado inverosímil dado la conexión que aquello implicaba: Un gato, y un dedo humano amputado; ambos, signo de un percance antinatural, al menos, en vista de lo que uno consideraría natural dentro de su vida diaria.

Claro que él hizo algo al respecto, porque estaba obligado a ello como buen ciudadano humanitario que era. Llamó a las autoridades correspondientes para que hicieran lo debido con aquel inquietante objeto postrado en el balcón; y así lo hicieron, seguido de una serie de interrogaciones, y de una investigación con el respectivo dedo en cuestión para confirmar lo que el joven Daniel había dado en aquello que los detectives llaman “cuartada”. Y las conclusiones, como si tal



suceso no fuera suficiente, dieron, como resultado, que no se sabía la identidad del sujeto de donde el miembro provenía.

Daniel se mostraba intranquilo por cómo estará aquella persona cuyo dedo ha perdido. Durante días seguidos, la imagen del dedo rondaba su mente. Según el informe que le dieron en las instalaciones policiales, pertenece a un hombre de manos curtidas, o sea, un hombre acostumbrado al trabajo duro, y que la forma en la que se desprendió, dicho entre impresiones de duda no disimuladas, fue a causa de un desgarramiento hecho por la atroz mordedura de un gato, y, lo peor, lo menos creíble de lo que se sacó de la inspección, fue que la persona estaba viva en el momento en el que perdió su pobre dedo.

Y el hecho de que el hombre estuviera vivo cuando hubo perdido esa parte de su mano (de su mano derecha según la inspección) no quiere decir que este individuo siga vivo, sino todo lo contrario. Porque, entre las probabilidades de que un gato haya tenido la oportunidad de arrancarle el dedo con los dientes, es probable que haya sido atacado por más de uno de estos animales. Así que la muerte, con mayor seguridad, y en caso de que tal hombre estuviera muerto, debió de ser demasiado espantosa.

Los detectives le dijeron que si se volvía a presentar un suceso que creyera él que pudiera dar más muestras para la investigación, que los contactara lo más



antes posible. Por él, no había problema. Su único inconveniente, claro, es que tal suceso se presentase. Ya estaba demasiado nervioso a causa de aquello, pues no es muy grato encontrar algo así en el balcón cuando apenas vas despertando. Aun así, para tratar de amortiguar la angustia justificada que se solapaba en su interior, dio paso a buscar algo referente a todo lo que, con mucha probabilidad, hay detrás del dedo encontrado.

Durante mucho tiempo estuvo a la espera de que su gato regresase de donde quiera que estuviera. Esperó durante dos días, hasta que lo vio de nuevo, sobre la terraza del balcón, acicalándose la patas con la lengua, ajeno a los problemas que había provocado su cometido de dejarle tan escabrosa sorpresita a quien lo cuidaba y alimentaba.

No había nada raro en el animal, como erróneamente especulaba Daniel. Tal vez, la impresión de lo sucedido le ha asignado una paranoia, una paranoia que él mismo se ha provocado en el constante flujo de seguir divagando en la imagen del dedo amputado. Pero solo fue un simple percance, nada que tuviera algo que ver con el hecho de que, detrás del dedo en cuestión, hubiera una probable muerte, y, con ello, un cadáver humano.

Mientras tanto, y en medio de una intranquilidad que apenas lo dejaba dormir, se mantuvo vigilando al gato y a la entrada del balcón de su departamento; para



así, de alguna forma, intentar encontrar algo que ayude a dar con el rompecabezas humano al que una pieza se le fue arrebatada por un curioso y tierno gatito.

Días sucesivos al incidente hicieron que Daniel se mantuviese intranquilo, observando de soslayo a su mascota cuando ésta se encontraba dentro de su departamento, como si tal animal tramara algo en contra de él, o, dado el caso, en contra de los seres humanos en general. Sin embargo, aquello, solo aquello, era el inicio de una serie de percances que darían forma a la inminente locura de nuestro querido Daniel.

Fue en una tarde, estando él solo, cuando otro descubrimiento peculiar fue hecho por Daniel; un descubrimiento en relación con su querida mascota.

Como lo normal en la rutina de quien es dueño de un gato, Daniel se encontraba limpiando el arenero donde su mascota hacía sus necesidades. Estando él recogiendo las heces postradas ahí, vio algo curioso en ellas, algo que lo hizo dar un grito.

Él gritó, en un alarido de angustia, al distinguir aquello blancuzco que estaba incrustado en uno de los mojonos: dos dientes molares.

Dos grandes dientes había ahí, en la popó de su mascota, así como algunos cabellos humanos introducidos en una maraña que para Daniel implicaba nuevas imágenes para su ya atormentada mente. En el momento del nuevo



descubrimiento, cogió el teléfono y llamó, de nuevo, a la policía, y ésta acudió puntual para inspeccionar el arenero del gato.

Los detectives recogieron las muestras en unas bolsas de plástico usuales para la evidencia de probables crímenes, pero algo no cuadraba ahí, aún menos con la nueva evidencia presentada en ese lugar poco usual, porque ¿A quién iban a culpar? ¿Culparían al gato? No, no lo hicieron, y en vista de que todo señalaba un cometido acto de asesinato, no hubo de otra más que señalar a Daniel como único sospechoso detrás del especulativo homicidio.

Así que lo arrestaron y se lo llevaron para ser interrogado. Mientras tanto, el gato se mantuvo observando todo, en su reserva que le otorga su naturaleza gatuna; y se tiró al suelo, a tomar una siesta apacible.

Y ahí está Daniel, repasando, una vez más, las imágenes de lo que deberían ser nimios incidentes en lo acostumbrado. Sin embargo, está ahí, acostado en un incómodo y frío camastro, mirando hacia arriba, mientras se halla absorto en pensamientos abrumadores según lo estremecedor de las cosas que lo han arrojado injustamente en esa celda de interrogatorio.

Hasta que, en ese instante de meditación, llegó a sus oídos un sonido que lo exaltó terriblemente por estar fuera de contexto: el maullido de un gato. Se postró repentinamente junto a la reja de su celda, intentando ver entre los barrotes al



animal que había emitido tal sonido inquietante. Frente a él, estaba su mascota, con el pelaje empapado de sangre, con una mano humana, cercenada, delante de sus patas delanteras, mirando, tranquilo, con sus ojos oscuros y brillantes, al horrorizado Daniel.

Un infinito maullido, acompañado del eco de múltiples gritos, que iban desde la angustia, la locura, la desesperación y la agonía, amén de muchas emulaciones jamás antes emitidas por el género humano, se expandían dentro de toda la prisión, dentro de toda la ciudad, y por todo el mundo.



**EL HOMBRE
ABIERTO**

El hombre abierto

Embriagaba cada uno de sus sentidos: el olor de entrañas abiertas...

Clive Barker

La tarde ha caído en la ciudad de Iguala, donde el bullicio se halla acallado por lo poco fluctuante del vulgo y la austeridad. Apenas es perceptible el sonido de los paseantes que se mueven según sus preocupaciones. El cielo es grisáceo como el asfalto, como las avenidas, cuerdas e intersecciones. Los árboles murmullan inquietos ante la brizna temerosa. Los limosneros, vagabundos y gente de poca monta, se hallan ocultos en recovecos desapercibidos por la pulcritud de la mirada posicionada en esa longeva ciudad aparentemente inocua. Y ni siquiera se escucha el revolotear de las aves, ni se ve a los caninos hambrientos que frecuentemente buscan alimento en los desperdicios de basura.

Todo tiene una pinta de cautela, como si la ciudad supiera lo que se está contando, en este instante, en el interior de un bar, cuya clientela se halla a la par de ausente como la ciudad misma; a excepción, claro, de esos dos individuos que



se miran con atención, y que yacen entablados en una conversación cuyo tema es de naturaleza prohibida.

En el interior de la humilde cantina se pinta una escena por completo estática, todo en un orden en el que solo destaca la parte lateral izquierda de la barra donde el único camarero ahí presente sirve a esos congéneres que cruzan palabras entre ellos, cada uno en una seriedad que le da más pinceladas opacas a lo ahí sobrepuesto. Entre tragos distraídos, se está dando a especular sobre cosas de las que no se suelen indagar dado lo raro de su condición.

- Hay veces en las que uno se topa con personas sumamente extrañas, en aspectos que resultan ser muy variados. Porque va más allá de aspectos fisiológicos de lo que aquí estamos hablando. El hecho de encontrarse con alguien que despierta en ti una inquietud por su extrañeza más apercebida, es demasiado hilarante en muchos sentidos de este existir - dijo Alfred, mientras vaciaba, por segunda vez, su vaso de licor - Aunque es bien sabido que esto también depende de aquello a lo que está uno acostumbrado, y esto puede ser a la inversa, o bien, la perspectiva de ver a alguien extraño, puede brotar en ambos sujetos, al mismo tiempo, y eso, mi querido amigo, es aún más insólito, y extraño...



Peter asiente en lo dicho por su compañero. Se torna pensativo ante el tema de conversación al que han llegado. Da un sorbo a su Martini, tratando de mantenerse lo menos imperturbable posible ante la continuidad de la charla. Está inquieto por la faceta que han estado tocando en las últimas horas, porque él sabe, más por experiencia propia que por manera persuasión, que en ello hay algo de lo que no se habla todos los días, pues lo tocante en el tema ha otorgado tintes herméticos nada convencionales, que rayan muchos aspectos teóricos de la psicología más adentrada en el tema de lo inusitado.

Por un momento ambos se quedan callados, meditativos de lo conversado hace apenas unos segundos. Alfred observa cómo su compañero pasea la mirada por la fachada bucólica en la que se hallan, solos, junto al camarero, quien prevalece silencioso y ajeno a la conversación ahí suscitada, limpiando los vasos con la franela, mientras se muestra absorto en pensamientos propios.

La tarde sigue su curso, y el lugar es invadido por sombras deformes. El agrio olor del licor se enfrasca en la monotonía con la que pasan los segundos.

- Todos - dice Peter - hemos tenido la experiencia de habernos cruzado con tales personas. He incluso en más de una ocasión puede presentarse tal; porque el conclave de esto reside más allá de la experiencia común de susodichos percances.



- Cierto, es abrumador. Porque, a dichas, que solo los ves por unos breves instantes, y nunca más vuelves a verlos durante el resto de tu vida. Sin embargo, a mí me ha sucedido todo lo contrario, y es lo que más me inquieta.

- ¿En verdad?

- Sí. Dos veces, con la misma persona.

- ¿Cuándo fue eso?

- La primera ocasión se presentó hace unos años – comienza a narrar Alfred – Iba saliendo del instituto, en el que antes trabajaba como profesor teatral en uno de esos talleres que se estuvieron implementando en ese entonces.

>> Recuerdo que caía una leve llovizna. Era un día nublado, y el aire traía consigo el olor a humedad que es propicia en época de verano. Llevaba yo una gabardina de grueso tejido, y un paraguas para protegerme de la aparente inminencia de una lluvia vendaval. La parte del camino por el que pasaba presentaba una leve ondulación que acrecía conforme se avanzaba, como si fuera formando una osca ladera cada que le interrumpie la cuadra.

>> Fue demasiado rápida la visión que se cruzó ante mis ojos. En un primer momento no fue más que algo dentro de lo normal, pero el acto llevaba consigo la revelación de la extrañeza emancipada. Si bien, era una mujer anciana, que



caminaba encorvada y con paso bamboleante. Iba cubierta por una vestimenta muy exótica; ataviada con un conjunto de colores rojizos y pardos: un largo vestido acompañado de un rebozo, y un pañuelo por encima de la cabeza. Iba por completo descalza.

>> Ella pasaba delante de mí, cuando atisé este último detalle. Iba a un lado de la banqueta, con los pies desnudos chapoteando en el agua de la lluvia que corría como un diminuto caudal. Creo que iba rezando, porque hablaba en voz baja, en una entonación semejante que he oído en boca de los devotos cuando emiten oraciones dentro de sus parroquias. Por su postura, supuse que llevaba juntas las palmas, aparte de que sujetaba un rosario que ondulaba al son de su caminar; solo que, en lugar de una cruz, o la medalla de algún santo, el rosario llevaba una piedra color ambarina, con una forma semejante a la figura tradicional identificativa del malévolo: el rostro del diablo. Una careta con cuernos, con ojos oblicuos y centellantemente rojos, acompañado de dos argollas plateadas incrustadas en la piedra de lado a lado.

>> Claro que se me hizo raro, dado que muy pocas veces ves a alguien que profese semejante creencia, aparte de ir sin protección en los pies, en semejante condición climática, no hizo más que impulsarme a seguir viéndola detenidamente. He aquí lo escabroso de esto, porque cada que yo mantenía la mirada, más cosas extrañas aparecía en aquella mujer, como si un embrujado



rompecabezas uniera sus piezas para revelar una imagen cada vez más inquietante.

>> Noté que el color de su piel era anormalmente pardo. No era como el color que a veces adquiere la piel cuando el cuerpo envejece: ese color fosco identificativo de la vejez. No, no era nada así. Era más oscuro y anómalo, como si fuera uno de los tantos colores que conjugan la tonalidad cadavérica de la putrefacción. Es justamente ese color que observaba yo en sus regordetas piernas y en sus anchos pies. Ese fue el momento en el que me percaté, también, que yo caminaba a su ritmo, sino es que más pausado; porque en el instante en el que di cabida a estos detalles, me detuve, al tiempo en que ella también dejaba de avanzar.

>> Lo precedente a esto es algo que siempre me deja un escalofrío al recordarlo. Tal vez por lo rápido de lo acontecido, o por toda esta correlación de raros detalles que daban forma a la imagen de semejante mujer; y perdón, por ésta penúltima palabra; aún al dirigirme a una simple persona, la impresión que me he llevado de su aspecto es considerable, como puedes tu prever.

>> Lo concebido en su rostro es menester de lo raro que a veces resulta la deformidad humana; y ella, sin el mínimo de dudas, no es ni por asomo parte de lo más bajo de dicha decadencia. Ella, de simple, tenía el rostro tan liso como



una moneda sin grabado. Carecía de las arrugas que otorgan la expresión facial; no tenía cejas, ni las protuberancias del mentón, ni de las mejillas, ni la que deja la piel alrededor de las cuencas del cráneo; pero, sus párpados... eran exageradamente grandes, y le colgaban como manojos de carne inerte hasta la altura de donde debería de tener las mejillas. Tras mirarme, continuó avanzando en la misma dirección, hasta perderse al doblar la cercana cuadra lateral izquierda, a unos cuantos pasos.

- ¿Qué hiciste después? ¿La seguiste?

- No, nada de eso. Conservé mi postura, en la misma posición, por lo menos, casi un minuto después de que ella me hubo mostrado su rostro. Ni siquiera me percaté de que yo había abandonado mi caminata; aún me hallaba procesando aquello, estaba... impactado; si acaso es esa la expresión correcta para la impresión que tan de golpe encrespó a todo mi cuerpo.

- Ella... ¿Podía ver?

- Si. Aún, a pesar de la forma de sus párpados, ella, de alguna forma, podía mirar. Y lo hacía en una seriedad tal, que parecía ajena a todo lo que para nosotros es normal en nuestra vida, en nuestra rutina y en nuestro alrededor acostumbrado. Es decir, que ella, en esa mirada que no es mirada, al menos, una



mirada poco, sino demasiado poco, común, percibí una distinción exagerada en la frecuencia que ejerce en esta vida.

- Es demasiado intrigante. Creo que hay mucho que especular en tal suceso.
- El significado de esto es... demasiado increíble, si se especula más a fondo.
- Si, así es...

El cursor de la noche ha tornado todo en una oscuridad apaciguada por las luces amarillentas que titilan fuera y dentro de la fachada. En la puerta suena la campanilla, al entrar una pareja de jóvenes, quienes toman asiento en una de las mesas más cercanas a la entrada del lugar. Peter deja su vaso a un lado, en tanto Alfred mira de soslayo al camarero que atiende a los nuevos comensales; frunce el ceño; después, se dirige a Peter, y continúa con su historia.

- La segunda ocasión, fue en el mercado de esta ciudad, ¿Lo conoces?
- ¿El que está en las cercanías del centro? Si, lo conozco.
- Fue ahí cuando la vi por segunda vez.

>> Sabrás que es un lugar verdaderamente grande. Los puestos se extienden de aquí a allá, en un laberinto lleno de clientela, comerciantes, vendedores y trabajadores. Uno puede perderse ahí fácilmente si no se está lo suficientemente relacionado con el lugar. Creo yo, que ese es uno de los tantos lugares en los que



uno podría toparse con las personas de las que aquí hablamos. Por lo que no es tanto en dónde estaba esa mujer, sino lo que estaba haciendo, o más bien, lo que especulo yo que estaba haciendo. Y es aún más abrumador si consideramos lo contado sobre la primera ocasión en que la vi, porque sin ese primer encuentro, es probable que jamás le haya encontrado ese perverso sentido a la escena en la que ella se posicionaba, cual arpía maldita en lo derruido.

>> Mi amada esposa me había mandado por las compras de la semana. Una de las cosas que me había encargado era mazorca, con todo y palma. No sé. Uno tiene que ser buen esposo. Y como no encontraba tal, tuve que adentrarme en el interior de una de las cuantas plazas de comercios que hay en el sitio. El lugar al que quería ir se encuentra dentro de la plaza más grande, un espacio más que concurrido por la multitud de compradores.

>> La amplitud de dicho espacio es basto, y conecta con corredores muy largos, donde los locales de mercancía se acomodan en hileras compactas, en ambos costados. Por ello, uno puede ir deteniéndose al paso para ver el tipo de mercancía de cada negocio. Si uno sigue andando, al fondo, se vuelve a llegar a una amplia estancia, que, de nuevo, da a corredores, casi iguales, con más negocios. Mucho más al fondo, cerca de una de las salidas que da al otro lado de ese inmenso mercado, hay otra estancia aún más amplia, pero sin corredores; aquí solo hay locales esparcidos alrededor, y la diferencia es más que notoria,



dado que dichos locales se especifican en la venta de determinados productos: superchería.

>> Cerca de donde está la entrada, hay un negocio de harina y maíz; regularmente, es ahí donde venden mazorcas, de distintas variedades según su cultivo. Ahí es donde yo me dirigía, cuando vi algo que me llamó la atención.

>> En uno de esos locales que me rodeaban, donde suelen venderse productos a los adoradores de la mal llamada *Santa Muerte*, sabrás, los llamados santeros dedicados a la magia negra, y esas supersticiones, pude ver ahí congregado a un grupo de mujeres, quienes se hallaban en el interior de tal lugar. Todas eran albinas. Demasiado llamativas, dado su vestimenta, puesto que, muy aparte de su notoria palidez, portaban vestidos ajustados de color negro, demasiado largos, y extendidos por detrás de sus anchas espaldas, hasta caer al suelo. Era mujeres increíblemente altas, y llevaban puestos sobre sus cabezas grandes sombreros negros, de ala ancha y adornados de hojuelas.

>> No pude ver cuántas mujeres eran. Todas formaban un círculo irregular, como si se hallaran a los lados laterales, en el interior de la entrada del lugar. Porque así pude ver, en esa escena tan extraña, a quien se postraba delante de ellas. Era esa mujer anciana y regordeta.



>> Tenía los brazos levantados, como si fuera ella alguna clase de sacerdotisa en medio de una tenebrosa ceremonia. Y las mujeres que la rodeaban la observaban en el más absoluto silencio, con sus cabezas inclinadas levemente, cual oratoria a algún tipo de culto conformado por quienes se muestran extraños y adoran a lo que es deforme en otros.

- Eso es... demasiado grotesco - abrevia Peter, con inquietud sombría.

- Si, así es. Pero, eso no es tanto como el hecho de que ella me haya reconocido.

- No jodas, ¿Cómo estás seguro de ello?

- Porque me volteó a ver. Y me sonrió.

>> La visión de su deforme rostro sonriente, con esa hilera de horribles dientes, amarillentos y desperfectos, siempre me ha intranquilizado el sueño en más de una ocasión.

Una profunda congoja se ha apoderado del interior de ambos hombres. Ambos tratan de asimilar lo que se ha estado contando. Los jóvenes que hace unos minutos habían entrado al lugar, se han marchado. El camarero de la taberna limpia tranquilamente las mesas. El tic tac del reloj sigue sonando fuertemente, dado el vacío y la tranquilidad que se posterga en el interior de la fachada. Peter,



ahora con un rostro de temor de quien recuerda cosas que desearía no recordar, se muestra inquieto. Ahora él es quien habla para sustento del tema.

- Yo lo que vi fue un hombre. Pero éste ocultaba su deformidad. Esa anomalía de la que he meditado mucho, durante años posteriores a la vez en la que vi a ese individuo, aún me hace dudar si realmente él es un hombre, un ser humano; porque nadie, según lo establecido por las ciencias médicas, podría vivir de forma normal con semejante condición en su cuerpo.

>> A veces, también creo, que solo fue una de esas ocasiones en las que uno llega a observar cosas que nuestra imaginación plasma en la realidad en la que nos desenvolvemos. Aquellas visiones que suelen ser adjudicadas a la alucinación, que, según la mayoría de los decanos que indagan en las teorías de las percepciones de la mente, nos deben de tocar, por lo menos, una vez en la vida. Pero las sensaciones que sentí en ese momento, traspasan este velo de falsa percepción adjudicada. Por lo que creo que es tan real como el hecho de que nosotros dos estemos aquí sentados, conversando, aun cuando ha caído la noche.

>> Creo que fue en un fin de semana, porque paseaba por la ciudad, dando un recorrido por el zócalo, en cercanías de la Iglesia de San Francisco. Y, regularmente, solo estoy fuera de casa cuando voy y salgo del trabajo, o cuando,



de simple, aprovecho que es fin de semana para salir un rato. Tú, mejor que nadie, conoces muy bien mis rutinas.

>> Bueno, estaba yo andando de un lado a otro. Perdiendo el tiempo, como se dice llanamente. Era un día bonito, demasiado alegre en la franqueza que ostentaba el paisaje. El centro de la ciudad casi siempre se llena de puestos de comida durante las primeras horas del día, y yo buscaba uno de esos puestos, cerca de los negocios que frecuentemente se establecen ahí, en medio de aromas apetecibles para quien desea satisfacer su hambre.

>> De entre todos esos puestos colocados a plena luz del día, me acerqué al de un tipo que llevaba una bata blanca de cocina. Su negocio, estaba compuesto por un conjunto de mesas pequeñas, con dos sillas cada una. Me senté ahí mismo, y pedí la orden de lo que se vendía. Eran tacos de carne de res deshebrada. Esas cosas joden con la grasa, pero estaba de humor como para pedir una orden. Así que solo esperé a que ésta estuviera lista. De todas formas, no hubiera podido probar bocado, porque después de lo que vi, el apetito me abandonó, al igual que yo abandoné ese lugar precipitadamente.

>> Estaba viendo al sujeto de la bata mientras picaba la carne con un mazo, golpeando la tablilla con su gruesa mano, enfrascado en lo que estaba haciendo. El sudor perlaba su frente, y cuando quiso limpiarse el rostro, al alzar su bata



para tal cometido, vi lo que había debajo de él; vi lo que ocultaba debajo de esa vestimenta que tan bien lo volvía desapercibido.

>> Su barriga tenía una enorme abertura vertical, que dejaba expuesto el interior de su estómago. Podía ver sus intestinos, que mostraban una aspereza y una rugosidad que los órganos no tienen. Aquello no se veía como una herida, sino como algo patógeno, que ha formado parte de él desde su concepción. Él sabía que yo lo había visto, porque se comenzó a reír ruidosamente. Me levanté de ahí y me fui con pasos apresurados, sin voltear atrás. Esa imagen jamás se ha desvanecido de mi mente.

>> Pero no sé si realmente haya sido real algo que tan repentinamente se perfiló ante mis ojos, porque el hecho de tener una cavidad en el vientre, de esa profundidad, hasta tal grado de mostrar los órganos, en lugar del tejido y la grasa que deberían de vislumbrarse, aparte de que sus vísceras conjugaran con su propia piel, tanto en color y en aspecto más allá de lo rugoso, me hacen dudar si lo que vi fue algo real. Pero la imagen es persistente, y siempre me viene como un recuerdo vívido, tan vívido, como el hecho de recordar el día de mi boda.

- Un tipo así, entre la sociedad... Vaya, es... demasiado inquietante.

- Más que eso, amigo, más que eso...



Son cerca de las diez de la noche. La clientela sigue siendo escasa, decadente como lo que han revelado nuestros ahora asustados compatriotas. En el interior del bar, todo está tan tranquilo, como la noche que hay afuera. Unas cuantas luces fueron encendidas por el camarero, quien ahora se postra junto a la barra, limpiando una gran botella de vino tinto, mientras observa de reojo a los únicos dos clientes del lugar. Y las manecillas siguen su curso, con su continuo repiqueteo sonando en el silencio mortuorio.

Peter bebe su último trago de Martini, y deja salir un suspiro ante el vago intento de dejar a un lado la nube existencial que cae sobre él. Voltea a ver hacia Alfred, y ve en él una cara de asombro, de espanto, de horror absoluto... un rostro de la pérfida perturbación en la psique humana. Y ahí, Peter tiembla ante tal conjugación en las facciones de su amigo.

Voltea lentamente, con un temblor en todo el cuerpo, con una trepidación que ahonda hasta sus articulaciones, en la dirección hacia donde Alfred mira. Es ahí cuando él reproduce el mismo horror reflejado en su compañero.

El camarero, con la camisa desabotonada y desplegada con sus gruesas manos, muestra su vientre, su fétido vientre abierto, en una gran abertura que deja expuestas sus entrañas. Una abertura que se contrae relativamente, cual grotescos



labios, mostrando en su interior unas vísceras vellosas y callosas como la dermis y la epidermis de la piel humana.

Ante aquella exhibición aborrecible, un cambio abrupto se da en el interior anatómico de ese hombre, al que Peter, talvez por su ebriedad, talvez por el paso de tantos años desde su encuentro con él, no reconoció durante el tiempo en el que ha estado dentro del bar.

Los intestinos del hombre se mueven, emitiendo un fuerte sonido viscoso, y se desprenden en una convulsión que los hace agitarse en el aire. Y en el cuadro donde antes hubo una escena apacible, ahora hay una escena extraña, en el que un hombre con el vientre abierto está por engullir a dos individuos presas de sus largos he hinchados intestinos carnales.



SOBRE EL AUTOR

Sobre el autor



Aldebarán de Canis (México, 2004). Escritor de artículos y relatos, y colaborador en muchos foros en internet que divulgan la literatura. Creador del blog "Biblioteca de Horrores", famoso en la lengua hispana por difundir el género de fantasía y horror. La extrañeza de sus letras lo ha vuelto famoso entre los escribas contemporáneos de lo ominoso.

Director de la revista "Horror es" y cofundador del círculo de escritores "El club de los horrores", dedicado a la creación de nuevas inventivas de escritura con el objetivo de crear miedo a través de las letras. También escribe bajo el seudónimo de Peter Blocho.

Aldebarán de Canis



Por un tiempo se le conoció en el ciberespacio bajo el seudónimo de Gusano Perverso; teniendo apenas la edad de 13 años, ya era conocido en los círculos de escritores malditos por sus textos cargados de humor negro y tragedia, que, por su carga social, fue severamente criticado en su momento. Uno de esos relatos, que es el único que ha sido guardado por el autor, lleva por título “Muerte entre placer y dolor”, y ha ganado notoriedad por su crudeza y su esperpento.

A la edad de 14 años ganó su primer concurso en su escuela secundaria, con un relato que más tarde se llamaría “Levántate gran señor”, donde hace uso de su increíble narrativa para plasmar una escena de salvajismo que se muestra como algo fantástico dentro de su propia ficción. Este premio forma parte de aquello que lo llevó a seguir escribiendo.

Ahora, teniendo la edad de 17 años, se ha vuelto famoso por su extraordinaria inventiva, ganando cierto mérito por sus contemporáneos. Ha sido publicado en diversas antologías, y ha sido entrevistado en dos ocasiones. Su blog ganó el Premio Blog del Día, por destacar en mejor contenido con respecto al tema, mejor clasificación, maquetación, ortografía y tipografía.

Peter Blocho



¿Quieres obras exclusivas y platicar con el autor?

¡Apóyalo en Patreon!

<https://www.patreon.com/aldebarandecanis>





